

146

Padre Mío

POR

JOSÉ A. NATALE

INSPECTOR TÉCNICO DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA DE LA CAPITAL



LIBRO PARA
CUARTO GRADO

EDITORES:

ANGEL ESTRADA Y CÍA.

466, BOLÍVAR. 466. — BUENOS AIRES

1922

LL
1922
NAT

A
B 86 3



00011405



*A la memoria
de mi Padre.*

PADRE MIO

PERTENECIÓ A PÁBLO A. PIZZURNO

Es propiedad de los Editores, quienes la
ponen bajo el amparo de la Ley N.º 7092.

LIBRO DE LECTURA

PADRE MIO

POR

JOSÉ A. NATALE

INSPECTOR TÉCNICO DE ENSEÑANZA PRIMARIA



BUENOS AIRES

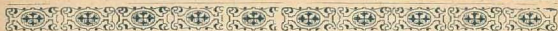
ANGEL ESTRADA Y C^{IA}. - EDITORES
466 — CALLE BOLÍVAR — 466

1921 - 1922

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

Biblioteca Nacional de Maestros

123 X 195



“PADRE MÍO”

Definitivamente daba por terminada la obra «Padre Mío», escrita con todo el fervor de mi alma. En el trascurso de mi esfuerzo no había tenido que recurrir a la lectura de otros libros, sino a las definiciones mentales mías: a mi propia y personalísima experiencia.

Durante muchos años mantuve latente ese anhelo de alcanzar un credo de vida para la niñez; el más firme, el más alto, el más exacto y conforme a las necesidades del hombre libre.

Y después, la obra habíala escrito en un esfuerzo prolongado, incésante, máximo. Era menester que la escribiera así, en una unidad de tiempo brevísima y con un espíritu caldeado al rojo vivo, para que resultase fundida en una sola pieza, de un mismo temple.

He vivido la inmortalidad en sus renglones; abstraído completamente del mundo; frente al alma de mi Padre muerto!

Y lego hoy a mi hijita el credo mio!!... credo absoluto de mi ser aunque sin desviarme de la conciencia de la humanidad, común a todos los hombres, en el deseo nobilísimo de alcanzar la universalidad indiscutida de los conceptos primarios en que él se fundamenta.

Como padre de familia, se comprenderá que aspiro devotamente a la felicidad de la única hijita que poseo.

Este credo constituye para mí el sistema de ideas y de sentimientos más digno y próspero que pueda legarle en patrimonio moral para su vida!

La paternidad no consiste únicamente en el hecho de ser, por obra y gracia de la Naturaleza, progenitor de los hijos y después en criarlos. Quien es padre de familia, primera persona en el hogar, directamente responsable ante la ley divina y civil, de la vida de sus hijos; tiene el deber, frente al alma de éstos, de definirles su propio mundo interior; de demostrarles el poder de la fuerza

ancestral que sostiene y empuja al porvenir; el mayor valor de la Intimidad.

En el expresado sentido, honrar a mi Padre, con una obra dedicada a su memoria, era dar a conocer a mi hijita, cuanto tiene de permanente y firme mi yo; en todas sus aspiraciones y anhelos.

Consecuentemente, en el libro escrito por mí, que lleva el título del homenaje grandioso de mi cariño y admiración filial; el dulce y sentido nombre de «Padre Mio»; expongo a plena luz toda mi conciencia, al través de aquellas ideas y aquellos sentimientos que me vienen de lejos... del fondo moral y del poder de sugestión espiritual de mi estirpe!

En efecto: toda la vida he pensado y sentido de la misma manera, que como me manifiesto en mi obra, respecto de quien soy ante mí, ante mi familia y ante mis semejantes. Mi credo moral es, así, inmutable. Desde que tengo uso de razón me acompaña imperturbablemente, tanto en las horas felices como en las aciagas. Los resplandores de esa luz, provienen de la conciencia de la misma Eternidad!

Y apenas tuve la concepción hecha de que

todo padre tiene el deber de definir su personalidad ante sus hijos, no conformándose tan solo con su obra práctica, este libro no tardó en aparecérseme, tal cual se ofrece hoy a la consideración pública.

Todos sus capítulos han sido redactados sin acudir a la inspiración de la forma, serenamente, frescamente, de primera intención y en ello reside el mérito.

Sobre mi escritorio y a mis costados, durante todo el tiempo que lo escribí, he tenido celebrados libros. No he abierto ninguno de ellos... Sólo tuve por delante el espíritu inmortal de los autores que los han producido.

No obstante tan noble compañía, viajé solo por los dominios predilectos de mi yo. Próximo a mí, Padre mío seguíame de cerca... por la misma vía, como si yo anduviera un destino ya andado por él.

JOSÉ A. NATALE.

EL PRIMER PADRE

(Invocando a Dios, fuente de
toda razón y justicia.)

Por qué, padre mío, preguntó Chola, todos deben de tener padre y madre?

—Hija mía, respondió el padre, es para que todos los niños puedan tener protección desde los primeros días de la existencia. El padre y la madre, entonces, son seres providenciales para el recién nacido, que es una criatura indefensa e incapaz de saber de su estado. Esas criaturas que aún no saben comprender ni expresarse y que están imposibilitadas para sostener su existencia, acabarían por morirse de hambre y de frío, si no tuvieran padre ni madre.

No has visto como la gallina empolla primero los huevos con el calor de su cuerpo y luego cria los polluelos enseñándoles cuanto resulta indispensable para gobernarse en la vida? Pero el ser humano es,

en la primera edad, de entre todos los seres el menos protegido. Los polluelos al romper el cascarón del huevo ya vienen al mundo provistos de plumas, sabiendo andar, piar y picotear los alimentos.

Muchos otros animales de la creación, crecen así, providencialmente. Sin embargo, el hombre al nacer, es una criatura completamente inerme. Sus sentidos parecen atrofiados. Sus débiles piernas flexionan al peso del cuerpo. Por lo demás, no sabe hablar, ni hacerse entender. De ahí, que las criaturas necesiten del padre y de la madre para velar por su existencia.

Pero yo quisiera saber, padre mío, quien fué el primer padre y la primera madre de todos los hombres del mundo?

—Hija mía, la Humanidad o sea el conjunto de hombres o de personas en el mundo, es muy antigua. A ciencia cierta no se sabe desde que fecha data su origen. Se conocen muchas historias y leyendas a este respecto, sin poderse saber, cabalmente, quien fué el primer hombre.

—Y admitiendo, dijo Cholita; que todos conociéramos a ese primer hombre, quién fué a su vez, su padre y su madre?

Entonces, el padre de Chola, vivamente impresionado por la profundidad de la pregunta, contestóle así: tú quieres saber, ahora, del principio de los principios. Ninguna persona por sabia que fuese acertaría con la respuesta. Ese primer hombre es Dios.

Hay en el mundo, hija mía, cosas maravillosas, que el hombre no ha creado ni gobierna con su voluntad. El Sol, la Luna y las estrellas, el planeta que habitamos con sus tierras y sus mares, con su cielo y cuanto existe en él.

También hay fenómenos sorprendentes. El hombre puede trasladarse de un punto a otro del globo, alimentarse y cultivar su inteligencia y sin embargo no podría gobernar su corazón y las funciones de la vida no se interrumpen al arbitrio de sus deseos.

Comprendo todo eso, padre mío, pero quién a su vez lo hizo a Dios?

No, hija, a Dios se le considera el principio de toda razón o sea el principio de los principios y su existencia se conoce por sus maravillosas obras. Por eso se le llama el Ser Supremo y se lo invoca para justificar las más altas aspiraciones del hombre.

EL SALUDO

Un Domingo antes del amanecer, salieron para el pueblo el labrador Pablo y sus hijitos Luis y Ernesto, acompañados de la primita Berta.

Hacia muy buen tiempo.

La luna no se había escondido todavía y aún lucían algunas estrellas en el cielo.

De cuando en cuando Pablo y los niñitos eran alcanzados a lo largo del camino por otras personas que iban a toda prisa al pueblo, cantando alegremente.

Todas esas personas al encontrarse detenían un poco la marcha, saludando con toda afabilidad.

Pablo y los niñitos, respondían entonces muy cortesmente.

—Por qué padre, preguntó Ernesto, las personas se dan los buenos días por la mañana?

—Hijo mío, respondió su padre, la costumbre de saludarse las personas por la

mañana al levantarse o antes de tratarse, es muy antigua.

Es sin duda, una generosa costumbre.

Las personas educadas empiezan por hablarse siempre cortesmente, deseándose salud.

—Por qué tío, preguntó Bertita, las personas parecen tener entre sí un trato frecuente y de confianza al saludarse?

—Sí, Berta mía, respondió el tío Pablo. Por el saludo todos los hombres se reconocen como hermanos y entran a tratarse con familiaridad.

Entre tanto el día aclaraba y podían verse hasta las cosas más lejanas.

Pablo y los niñitos, estaban ya muy cerca del pueblo.

Luis que se había retrasado en la marcha, sintió vivos deseos de ver a lo lejos la casa de sus padres. Pero ésta ya se ocultaba detrás de las arboledas de la campiña.

Luis pensó en su madre... y sintió ganas de llorar.

EL BUEN HIJO

Teodoro es un buen hijo porque quiere mucho a sus padres y no los desobedece jamás.

Tiene excelente disposición y facilidad para aprender y es suave y blando de genio. Por eso todos dicen que es un niño dócil.

Su padre Blas, es herrero y trabaja en el taller del tío Juan.

Blas sabe bien su oficio y es una persona honrada. En la villa todos le estiman y respetan.

El tío Juan, que es un hombre justo, acaba de recompensar su virtud diciéndole: «bravo, bravo, eres un obrero fuerte y obras con integridad de ánimo y bondad de vida. Te aumentaré el salario».

Teodoro, que está de vacaciones escolares, se pasa buena parte del día en el taller del tío Juan, al lado de su padre.

En el taller hay, además, otros dos oficiales y un aprendiz de herrero. Todos se

ocupan en labrar el hierro y trabajan exclusivamente en obras gruesas, como ser: balcones, arados y ejes de carros.

Teodoro quiere ser herrero como su padre.

Padre mío, le dice: Ya conozco todas las herramientas y hasta sabría manejarlas. Es preciso que usted me permita aprender el oficio con el cual sostiene a la familia. Trabajando de herrero me parecerá siempre estar más cerca de usted y seré así feliz.

El padre, le respondió: Teodoro, hay hijos que empiezan por desdeñarse del origen de sus padres, avergonzándose de su pobreza o de su rusticidad. Generalmente, estos malos hijos, saben ocultar a los demás el oficio humilde de sus padres, por el cual sienten el más vivo desdén.

Esos hijos que así se dejeneran y se extravían de su fin natural, son unos perversos.

El oficio de herrero es muy áspero para un niño de tu edad a quién faltan fuerzas y resistencia para manejar las pesadas herramientas, tales como el mazo de hierro, la sierra de brazo, las cizallas para cortar metal, etc. Es además, un oficio que suele exponer a los obreros a toda clase de acci-

dentes en el trabajo, por descuidos o por obra de la casualidad.

Y cogiendo Blas una marreta, díjole a Teodoro: hay herramientas livianas como ésta y te resultará saludable para los músculos el manejarlas. Trabaja con cuidado y atención junto a tu padre, ahora que no vas a la escuela. Toda la vida recordarás, después, hijo mío, estos tiempos felices y me venerarás con tu cariño y también por la virtud.

EL ALMA DE LA NIÑEZ

(HISTORIETA)

El viejo Matias ya no tiene familia. El anteaño pasado acabó de perder la única hijita que le quedaba.

Matias pareció entonces querer sucumbir a su dolor. La vida le resultaba imposible en su desolado hogar. No hallaba ya resignación en este mundo y se le veía por todas partes como derribado en sus propias fuerzas y arrastrando pesadamente su existencia.

De un tiempo a esta parte, Matias parece ser otra persona. Durante las tardes de verano, a la sombra de los árboles mientras apacenta el ganado en el prado, se entretiene con las criaturas, contándoles maravillosas historietas.

Matias, dice tan bien las cosas pasadas que parece que se están viendo.

Los niños de la vecindad le buscan ahora en todas partes, alborotándose cuando dan con él.

«El viejo Matías», «el viejo Matías!» gritan al verle y corren presurosos a su encuentro a estrecharle la mano, muy regocijados.

El buen pastor abriendo entonces sus brazos, les dice: venid, venid hacia mí niños míos!

Una tarde, próximo al anochecer, el viejo Matias estaba como de costumbre entre sus niños, discurrendo plácidamente, cuando de repente bajando su tono de voz y debilitándose mucho, quedóse un rato en suspenso.

Matias, volvía a ponerse melancólico y lejos de hallar en los niños un alivio a su

dolor, sólo veía un triste y continuado recuerdo...

Todos advirtieron el cambio de su carácter porque Matías respondía tarde y muy a su pesar.

Carolina, la más despierta de las niñas, viéndolo así animóse a preguntarle: Qué tiene Ud. señor Matías?

El pobre viejo reprimiendo un sollozo, la estrechó contra su pecho, besándola en la frente repetidas veces. Después pareció soségarse y recobrar el ánimo grande de siempre.

Pero esa tarde los niños no se sintieron felices y permanecieron mucho más tiempo a su lado.

El sol ya estaba en su ocaso y una que otras estrellas habían traspuesto el horizonte.

En tanto Matías se aprontaba a recoger su ganado en el aprisco, del otro lado del pueblo, los niños no lo dejaban solo y querían seguir detrás de él.

El buen pastor, entonces, les dijo: «el viejo Matías aún es feliz en medio de vosotros. Id tranquilos, que ya me siento animado».

Los niños, concluyeron por despedirse,

hasta el día siguiente, del viejo Matías. Y de tiempo en tiempo miraban hacia atrás para verle... hasta que el viejo Matías desapareció entre las sombras de la noche.

ENCANTOS DE LA VIDA

En una tarde de primavera, templada y luminosa, la buena Lucía, madre de dos bellas criaturas, recostada sobre el florido césped de la campiña, se entretenía viendo como se recreaban sus hijitos, prodigándoles de vez en cuando los más sabrosos mimos.

Los nenes recibían sonrientes los cariños y halagos de la madre, aunque presto volvíanse a sus juegos.

La madre, al par que gozosa por el encanto y la alegría de sus criaturas, sentía grande necesidad de recogerlas a su regazo, besarlas y estrecharlas contra sí muchas veces.

Y así queriendo llamó con su igual dulzura a sus dos pequeñuelos, diciéndoles: Quién de los dos quiere más a mamá?

Volviéronse hacia ella los dos niños res-

pondiendo a un mismo tiempo: «yo mami-
ta», «yo, yo mamita».

—Ah, dijo la madre: Celia me quiere más
que Pablo porque ha dicho dos veces «yo».

Atención, hijitos, haré de nuevo la pre-
gunta: ¿quién de los dos quiere más a
mamá?

—«Yo, yo, yo, yo»...

—«Yo, yo, yo, yo, seguían respondiendo
los nenes.

Basta, basta de tanto decir «yo» y «yo»,
interrumpió la madre. Resúltame difícil con-
tar las veces que uno y otra ha dicho «yo».

Vuelvo otra vez a preguntar: ¿cómo cuan-
to quieren a mamá?

Yo, respondió Pablo, la quiero a usted tanto
como el tamaño de una casa grande, muy
grande, muy grande!...

Y yo, mamita, dijo Celia, la quiero a usted
tanto como el tamaño de cien manzanas
enteras!

Esta vez ganó Pablo, contestó la madre,
porque cien manzanas y aún miles de man-
zanas caben dentro de una casa.

Nó, mamita, replicó Celia. Yo he querido
decir cien manzanas de tierra.

Bueno, continuó la madre, pregunto aho-

ra si me quieren tanto como el grandor de todas las casas que hay en el pueblo o como la Luna?

«Tanto como el grandor de todas las casas reunidas que hay en el pueblo? respondieron a la vez los dos niños.

Me apercibo que no me quieren demasiado, concluyó diciendo la madre, porque la Luna es mucho más grande que la capacidad de todas las casas del pueblo nuestro.

Los dos niños quedáronse confundidos y como anhelando nuevas preguntas para demostrar cuantitativamente su cariño filial.

Entonces, la madre, colmándolos de besos dijoles: Mis nenes me quieren tanto... *«como no se puede decir»*. Quedan ahora, igualmente satisfechos?...

Sí, sí, mamita adorada respondieron los nenes y lanzándose con los brazos abiertos hacia su madre, fueron a esconder sus cabezas en su regazo.

La buena madre considerándose dichosa con la demostración de ternura de sus hijitos, los devolvió a sus juegos mientras ella, junto a la naturaleza, en un transporte de entusiasmo, púsose a cantar con todo amor alegres aires de la tierra.

EL PAN DE CADA DÍA

Andrés es el mejor ebanista del pueblo. Desde muy niño aprendió el oficio en el taller de su padre. Su padre, a su vez, había heredado el oficio y gozaba de renombre entre sus compañeros de trabajo.

Andrés es muy apreciado por sus condiciones de trato y sus generosas acciones. Es, además, un hombre muy metódico. Todo lo dispone y hace en su taller con un arte y un fin determinado.

Andrés es, también, un verdadero maestro con sus aprendices, a quienes enseña con orden y se esfuerza en que aprendan siempre la verdad.

Sus aprendices, por eso, se desempeñan con el debido método en el trabajo.

Andrés es afable y cariñoso con sus discípulos; les da en todo momento el ejemplo y sabe mantenerse constante en la prosecución de un propósito hasta dominarlo. El se dispensa profusa y repetidamente a sus

discipulos hasta que éstos comprendan sus enseñanzas y sean capaces de dirigirse por si solos.

Ninguno de sus aprendices ha dejado de conocer bien su oficio y todos tienen, después, orgullo de llamarse discipulos de Don Andrés y de honrarse con su buen nombre.

El maestro es muy propenso a dar todas sus cosas a los demás. Es una persona en extremo dadivosa.

Sus aprendices reciben de él toda clase de favores y le están sinceramente agradecidos.

Sin embargo, Andrés no presta ni confia a otros sus herramientas de trabajo.

Sus herramientas son como otras tantas personas que viven en el taller, en su compañía, y le animan a progresar.

En los aniversarios del aprendizaje de su oficio, Andrés celebra la fiesta del trabajo. Y colocando sus herramientas con cierta simetria y visualidad sobre su banco de ebanista, entonces todo adornado de flores, sabe decir a sus discipulos y amigos: las herramientas y cosas de mi trabajo bien merecen este simbólico homenaje, porque con ellas me gano el pan de cada día. Son con-

migo muy dóciles y me inclinan siempre a la virtud, alejándome del vicio.

Conozco a mis herramientas como a mi propia persona; las palpo y siento sus vibraciones al manejarlas y despido su frialdad con el calor de mi cuerpo.

En un principio eran herramientas anónimas, pero hoy son mías y están asociadas a mi ventura. Su historia, es la historia de mi vida de artesano, de mis empeños y desvelos en aprender el oficio y en lograr toda perfección.

Ningún simbolo perpetuará más de cerca mi memoria entre los espíritus amigos, que estas venerables herramientas con las que gano el pan de cada día. Es que el trabajo rige la vida del Universo entero y nada hay en el mundo que escape a su ley.

LA OBRA DEL AMOR Y LA PERSEVERANCIA

Pablo es un honrado artesano que goza de buena salud y es muy dichoso en su hogar. Su esposa Catalina es una mujer virtuosa y una excelente madre de familia.

Los hijos de Pablo son fuertes y despiertos, siendo en todo muy cariñosos y obedientes.

Pablo sabe bien su oficio. En su gremio le conocen con el nombre de «El Maestro», porque, en verdad, es un oficial muy práctico. Además, todos le quieren porque es una buena persona. Las personas que tratan con él advierten pronto su circunspección, porque es un hombre muy formal; grave y respetable. Así mismo, quedan siempre muy conformes con su trabajo porque Pablo se esmera en servirlos poniendo sumo cuidado y atención en hacer la obra con el debido cumplimiento y exactitud.

Pablo es también un hombre discreto, porque es cuerdo y juicioso y sabe discernir bien sobre las cosas de la vida.

A fin de ahorrarse cualquier disgusto o mal encuentro con otras personas, evita siempre toda contienda o diferencia, prefiriendo perjudicarse en sus intereses antes que llevarse pesadumbres o inquietudes a su hogar.

En el rudo oficio de mecánico a que se dedica ha tenido ocasión de tratarse con muchos obreros flojos o perezosos, insensibles a los objetos que regularmente mueven a las demás personas y que no sienten las

cosas que causan dolor o pena; cuando no insoportables, que hacen muy incómoda, molesta y enfadosa la vida a su lado. Obreros orgullosos, soberbios, y hasta desvergonzados, que llegaron a faltarle al respeto en su propio taller.

Pablo es tolerante; soporta con facilidad lo desagradable, sabe condescender, es indulgente. Por eso sufre y lleva con paciencia, disimula o permite algunas cosas que no son de su agrado, cuando para remediarlas se expondría a males peores.

El se ha propuesto hacer el bien y ser perseverante. «No hay desgracia más grande, dice, que considerarse derrotado en la obra de hacer el bien».

Pablo no ha aprendido a leer ni escribir en la Escuela. Lo poco que sabe se lo debe a sí mismo y muy amenudo ve obligado a recurrir a otros para que hagan sus veces al frente de los negocios.

De niño, fué Pablo muy travieso, indócil y perturbador de la disciplina en la Escuela. Vivía en continúa contrariedad de opiniones con sus compañeros de estudio y se resistía

a dejarse gobernar, abandonándose al arbitrio y voluntad propias. Y como pretendía descaminar a sus compañeros, aconsejándoles lo no conveniente, concluyeron por despedirle de la Escuela, por «incorregible y peligroso.»

Pablo recuerda más de una vez, sus tiempos de niño, diciéndose para sí; «si me hubiesen quitado a tiempo la rusticidad con la enseñanza estaría desasnado ya. No hay persona incorregible en este mundo. Acaso, después, no he llegado a ser lo que soy, un hombre arreglado a las buenas costumbres, tolerante y disciplinado en todo?

Pablo se consterna por su escasa instrucción, se abate mucho y exclama: haré cuanto pueda por ser un hombre instruido y no olvidaré jamás que en este mundo todos tenemos el deber de perseverar sobre nuestro prójimo, de hacerlo bueno y útil a la sociedad.

Muy amenudo se da con nuevas energías que tal vez nos reservan el triunfo. Se debe triunfar siempre. Ojalá hubiesen sabido triunfar a tiempo conmigo. No lamentaría ahora mi ignorancia y las dolorosas consecuencias a que ella me expone a cada paso en la vida.

LA HUMILDAD DE ORIGEN

(HISTORIETA)

El dormitorio de Leonor, contiguo al de sus padres, daba a la calle.

Leonor había oído desde su cama repetidos estruendos de bombas, a la salida del sol.

Presa de curiosidad levantóse y entreabriendo el postigo de la ventana, a la luz naciente del día, había querido saber de que se trataba.

En la huerta de su casa, las avejillas estaban azoradas y los gallos, encrestados a más no poder, iban y venían con nervioso paso, cantando de vez en cuando el alegre saludo de la mañana.

Y cuando se entrecortaban sorprendidos por otro estruendo, quedaban como ofendidos en su gallardía.

Las alborotadas gallinas se estorbaban unas con otras y los polluelos corrían peligro de ser pisados.

Leonor, que estaba medio desnuda, sobrecogiéndose de frío, volvióse a la cama.

Sus padres aún dormían. Leonor titubeó en despertarlos y optó por estarse atenta a lo que ocurría.

En eso oyó toques de cornetas y tambores que en alegre concierto elevaban el espíritu. Y los estruendos, al parecer cada vez más lejanos y graves, echaban sobre esas dianas sus dilatados ecos, apagando, de vez en cuando, su sonoridad.

Por la calle, a esa hora, ya transitaba mucha gente. Entre tanto, los padres de Leonor habíanse despertado.

La niña, presa de toda curiosidad, apenas dió los buenos días apresuróse a preguntar a su madre lo que pasaba en el pueblo a tan temprana hora.

—Hija mía, respondió su madre, hoy es la fiesta del pueblo y se espera la llegada de personas espectables con motivo de la inauguración del Hospital.

El pueblo había amanecido profusamente embanderado y las calles presentaban un alegre aspecto. Banderas de franjas rojas y amarilla; verde, blanca y roja; azul, blanca y roja; de franjas azules con sol en un án-

gulo; blanca con un disco rojo al centro; de franjas negra, amarilla y roja, etc.; y en profusión entre ellas, luciendo sus colores celeste y blanco, la bandera de la Patria.

Después, cuando Leonor vió ese hermoso espectáculo se puso muy triste al notar que en el frente de su casa no se ostentaban banderas y gallardetes, como en las demás. Y sintió vergüenza creyendo que todos reprobarían a sus padres por no haber querido asociarse a los festejos del pueblo.

Su padre, que había notado esos efectos sobre su espíritu, la llamó a su lado para razonarla convenientemente. Pero Leonor acudió muy contrita.

Entonces su padre, haciéndole levantar la cabeza le dijo: hija mía, eres injusta, sin quererlo con nuestra pobreza. No todos pueden con sus escasos recursos, embanderar ni adornar el frente de su casa. Verdad que hubiésemos deseado hacer otro tanto que nuestros vecinos, asociándonos de un modo visible a los festejos del pueblo. No obstante, tus padres participan de todo corazón, en medio de su humildad, del significado y regocijo de este día.

Leonor no sintió muy de cerca tan dulces palabras.

A la hora del desayuno Leonor no quiso servirse, pareciendo estar aún muy preocupada.

Entonces su buena madre la reconvino de la manera más amable, diciéndole: tu padre trabaja con fervor para ganar un mendrugo de pan y hacerte persona de bien. Si tú te avergüenzas de nuestra pobreza o pretendes más de lo que podemos darte, demostrarás no querer a tus padres.

Leonor, sin abandonar su contrariedad de ánimo, se sirvió en silencio el desayuno.

Al regresar su padre de la calle, advirtió el estado de la niña y sintió mucha pesadumbre porque su hija no se hacía razonar. Y acercándose a ella hizole levantar la vista del suelo hablándole, después, de esta suerte: Leonor, acabas de ofender a tus padres con tu injustificado enojo; corresponde que pidas perdón.

—Perdón, padre mio, dijo Leonor ahogada en llanto.

—Pide perdón, primero a tu madre, respondió su padre. Bésala una y mil veces.

Nuestra pobreza es toda tuya, como nuestra honra y nuestras virtudes.

Leonor, dejándose caer de rodillas ante su madre, con voz entrecortada, dijola: «Madre mía, te quiero mucho, como a papá y desde hoy seré siempre dócil a vuestros consejos».

Leonor había sido víctima de la falsa vergüenza.

EL ALMA DEL PASADO

— Madre, por qué en todas partes se honra la memoria de los muertos?

— Efectivamente, Leanita, todos tenemos o hemos tenido padre y madre; estos a su vez, también, los tuvieron y el cariño que se les profesa perdura siempre. El padre y la madre, los hermanos, los amigos, los benefactores de la humanidad, preocupan nuestro sentimiento en forma duradera. Así es que a su muerte seguimos amándolos y los consideramos con vida en nosotros. Si con la desaparición material de esos seres queridos se perdiera su recuerdo, la

humanidad no sería una cadena de afectos.

Por otra parte, ¿sería posible dejar de recordar a los que pasaron por este mundo dejándonos la existencia nuestra o el beneficio de sus obras?

La Patria, la idealidad significada en su bandera; la libertad y la independencia que gozamos; las grandes obras del genio humano, de arte o de ciencia, tales como la música y la pintura, la medicina y las construcciones en general; representan la acción de muchos seres que cumplieron gloriosamente su destino y que viven entre nosotros, secundándonos con su talento y con su esfuerzo.

—De manera, madre mía, que esas personas no mueren?

—Así es, Leanita. Cada uno de esos seres ha tenido vida como la nuestra. A su muerte, sólo ha desaparecido para siempre su persona; pero sus obras, vale decir su espíritu, o sean sus sentimientos y sus ideas, su esfuerzo, no se pierden y la humanidad los aprovecha en cuanto son útiles. Nosotros vivimos entre hombres que florecieron en otros tiempos, desde la más remota antigüedad.

Jesús, que nos prodiga amor eterno; Hipócrates, padre de la Medicina; Sócrates, insigne filósofo; Colón, el gran navegante; Watt, inventor de las máquinas de vapor; Stephenson, inventor de las locomotoras; son almas luminosas para la humanidad.

En igual grado de admiración eterna están los que se batieron en las luchas de la libertad y regaron con su sangre generosa la tierra que conquistaron para sus descendientes.

Belgrano, el creador de nuestra bandera; San Martín, el gran guerrero; Rivadavia y Sarmiento, insignes ciudadanos; Lavalle, libertador y mártir; Vélez Sársfield, famoso autor de nuestro código civil; Mitre, historiador y organizador de la unidad nacional; y tantos otros ilustres argentinos, son espíritus inmortales que debemos por siempre honrar.

—Entonces, madre mía, nosotros jamás podemos considerarnos solos en el mundo?

—Es verdad, hija mía; cuando viajamos en ferrocarril, como cuando nos administran un medicamento o leemos un libro útil, vivimos en comunidad con los autores de esas obras y los obreros que las realizaron con su esfuerzo.

Si en la humanidad no existiera este espíritu de sociedad o de asociación, el hombre no habría alcanzado los maravillosos progresos que tanto lo destacan y enorgullecen como ser superior. Considerarse aislado en el mundo, en plena soledad, resulta impropio. Hablamos un lenguaje y observamos costumbres hereditarias; vivimos continuamente de nuestro prójimo y recibimos desde lejos el beneficio de nuestros virtuosos antepasados.

—Y quién nos hace conocer, madre, a nuestros antepasados?

El padre y la madre transmiten a sus hijos la tradición de la familia, de la patria, y de la humanidad. El maestro, en la escuela, enseña a sus alumnos el culto de la tradición. Por otra parte, la historia se ocupa de darnos a conocer con la exactitud posible lo que fué nuestro pasado.

Debemos suscitar siempre, las fuerzas morales del pasado: la vida de los grandes hombres, su ejemplar comportamiento, su espíritu de sacrificio en bien de la humanidad; el espíritu de nuestros mártires; como el recuerdo tierno y noble de los seres queridos. Todo eso es virtud, es lealtad, es gratitud, es inmortalidad.

LA PATRIA Y EL BUEN PATRIOTA

Heráclio había oído hablar, muchas veces, a sus padres, a sus maestros y a las personas de su relación, de la Patria; de ese sentimiento tan enaltecido a su gloriosa bandera, a sus héroes inmortales; y del amor al suelo nativo. Había escuchado más de una vez oraciones patrióticas pronunciadas con todo fervor y el interesante relato de las guerras de la independencia; guerras de sacrificios cruentos y de grandes idealidades.

También había logrado comprender lo que era la Patria: especie de vasta amistad entre todos los hombres que pueblan un país o nación con el objeto de propender al bienestar general, asegurar los beneficios de la libertad para todos sus habitantes, sin distinción de razas ni prerrogativas de sangre.

La relación de parentesco que hay entre los miembros de una familia; esa amistad

intima y la unión de voluntades, constituida para el bien común; como el espíritu de disciplina y de orden en la conducta privada y pública; todo eso es patria, decía Heraclio.

Patria, agregaba, es amar nuestro suelo, cultivarlo, usufructuar sus riquezas; educarse, civilizarse; enaltecer al género humano; honrar nuestros héroes, aprovechar las enseñanzas del pasado, y ser tan pacíficos como fuertes en el sentimiento de nuestra libertad.

Creía saber, pues, lo que era la patria y por eso se consideraba un buen patriota.

No obstante, Heraclio no es un hijo obediente ni cariñoso, ni un discípulo ordenado y respetuoso en la Escuela. Por lo demás, no parece ser un niño caritativo ni dado al bien de sus semejantes. Comete, también, a menudo, injusticias con sus camaradas, contraponiendo siempre el imperio de la fuerza al de la razón.

Heraclio es un niño de buena salud. Además es inteligente y listo. Por añadidura, es hijo de padres acaudalados y respetables, que gozan de justo renombre en la sociedad.

Por qué entonces es tan mal educado y exento de generosidad Heraclio?

Sin embargo, si alguien se atreviera a decirle: «Ud. no es un buen patriota», se expondría a reñir con él porque dice sentir su nacionalidad.

Para Heraclio el orgullo de ser argentino consiste en alardear la Bandera y en mentar a los próceres. También, en lucir en las fiestas de la libertad los colores de nuestra escarapela nacional.

Es que Heraclio quiere ser algo así como un artista del patriotismo?

Ciertamente que su orgullo de ser argentino no ha de consistir en vanas ostentaciones de las glorias de la patria!

Cuando Heraclio comprenda que la escarapela nacional no debe mostrarse en el pecho no siendo hombre de bien, fuerte y animoso en todo; que no es posible llamarse argentino sin honrar la memoria de nuestros héroes y mártires con el ejemplo y que no se debe ostentar el insigne título de patriota, falsamente; porque lejos de enorgullecernos nos expone al repudio de las personas honestas y aptas; entonces, Heráclio no hará del culto a la patria una

cuestión de vanas palabras, sino de los más sanos y elevados sentimientos de la personalidad.

Mas, la patria se la aprende a honrar desde niño y Heraclio tiene malos principios; principios de ficción de la virtud, de simulación del honor, de indebida manifestación del decoro; con lo cual cree pasar por digno entre sus semejantes, importándole poco en no serlo en realidad.

Por fortuna, tiene muy a mano el buen ejemplo de sus padres y puede que la reflexión serena le alcance más tarde, con todos sus beneficios, cuando llegue a comprender que la patria se la honra en los hechos y no por meras palabras.

LOS COMIENZOS

Aquel primer día de clase pareció a Gabriela interminable. Extrañaba mucho a su madre y le daban ganas de llorar. Escuchaba lo más atentamente posible a su maestra, con aquel interés de aprender de veras, según se lo había aconsejado su madre.

Pero, por momentos la noble imagen de su madre se le presentaba a la vista y ante su recuerdo perdía toda atención.

Otras veces se dejaba estar como ensimismada por la pesadumbre que tenía y venía a sobresaltarse cuando la maestra, después de repetir varias veces su nombre en demanda de interés, se aproximaba a ella y acariciándola le decía: «ánimo, niña, las horas pasan entretenidas en la escuela y pronto regresarás a tu casa. Hallarás, entonces, más dulce que nunca la dicha de ver de nuevo a tus padres y de jugar con tus hermanitos y compañeros».

Con esas palabras de su maestra Gabriela cobraba ánimo y enjugándose los ojos respondía con voz temblorosa: «sí, señorita, Ud. tiene razón».

En tanto la clase continuaba, varios chichuelos echáronse a llorar. Qué tienes tú?, preguntó la maestra, a uno de los más sofocados por el llanto. Este no respondía y seguía sollozando amargamente. Qué tienes, qué te pasa, dí, pequeñuelo? Quieres irte a tu casa, quieres ver a tu madre?... Interrogó a otro, sin obtener, tampoco, respuesta.

«Quieren mandarse a mudar», dijo una chiquilla. «Tienen hambre», gritó otra. «Sáquenlos afuera», señorita, prorrumpieron varias a la vez.

Silencio, exclamó la maestra, a ninguno de vosotros es permitido hablar sin permiso ni aconsejarme, porque no teneis todavía la razón suficiente.

Y dirigiéndose a un niño que en ese momento gemía a más no poder, con su cabeza puesta entre los brazos y apoyada sobre el banco, trató de calmarlo, conversándole con toda familiaridad.

Qué tienes, chico? Cómo te llamas?

Me llamo Roberto, respondió secándose las lágrimas con las manos y echando una mirada de soslayo sobre sus demás compañeros de clase.

Por qué llorabas así, Roberto?

Roberto, como si estuviese muy contrariado, sin levantar la vista del suelo, manifestó que lloraba porque no sabía hacer el deber.

Es un deber fácil de hacer, contestó la maestra y, por otra parte, cuando un niño no entiende una explicación dada por mí debe decírmelo, a fin de que yo repita mis explicaciones satisfactoriamente.

Y mientras esto decía al grado, en general, el chiquillo Roberto echóse a llorar de nuevo, repitiendo de vez en cuando como un estribillo estas palabras: «yo no puedo hacer el deber, yo no puedo hacer el deber...»

La maestra había hablado durante el día sobre diversos asuntos acompañando sus explicaciones con objetos y demostraciones gráficas.

Había hablado con toda la claridad posible, interrogando con frecuencia a los niños, recabando de tiempo en tiempo la afirmación de éstos sobre el propósito de sus enseñanzas. Creía, pues, haber sido comprendida perfectamente.

Roberto seguía llorando... Entonces la maestra lo hizo pasar al frente de la clase diciéndole: Roberto mío, todos los principios son duros y parecen difíciles. El ánimo suele sufrir mucha contrariedad en los comienzos de todo aprendizaje. No se cambia con facilidad de costumbre, ni se aprende sin sacrificio o esfuerzo.

Pero los comienzos, son los comienzos! Poco a poco el ánimo toma las nuevas costumbres y la inteligencia aclara las dificultades. Después vendrá el hábito que nos

hace obrar con toda libertad de acción y sin mayor preocupación por el esfuerzo que el trabajo requiere.

El niño que no sabe andar en bicielo, por ejemplo, no debe decir: «es muy difícil andar», «no quiero aprender». Por lo contrario debe esforzarse en dominar ese adiestramiento, pensando que otros niños lo han realizado ya y encuentran ahora muy fácil el manejarse sobre los pedales de la máquina.

Acaso nos ha sido menos difícil aprender a caminar?

Habéis observado un niño de pecho que quiere sentarse o inclinar el cuerpo que estaba tendido?

Cuántos esfuerzos, cuantas caídas, cuanto llanto, no nos ha costado a nosotros el aprender a mantenernos en equilibrio?

Y cuantos días han debido pasar para que el incipiente niño conozca, al fin, a su madre y balbucee algunos sonidos y palabras de nuestra lengua?

El hombre, a fuerza de ser perseverante y de querer compenetrarse en los dominios de la naturaleza, ha llegado a ser sabio. Mas los grandes sabios han sido también niños, que en un principio debieron apren-

der a hablar, a caminar y a dominar sus instintos.

Con que Roberto, ánimo, que todos los principios son duros y nunca nos debemos acobardar ante las primeras dificultades.

Roberto, había recobrado, en tanto, su serenidad de ánimo con las palabras de la maestra.

No es verdad, dijo entonces la maestra dirigiéndose al grado, que ahora Roberto está más animado?

Si, señorita, respondió, primera que otros niños Gabriela, a quien habían interesado sobremanera las últimas manifestaciones de la maestra, y cuyos nobles sentimientos acababan de enternecer su buen corazón.

EL PAÍS NATIVO

(HISTORIETA)

Ernesto no se había alejado nunca de su país. No sabía lo que es eso de hallarse en país extraño. Sus padres y sus maestros le habían hablado más de una vez de los en-

cantos de los viajes y excitado así fuertemente su espíritu de aventuras.

Recorrer mundos, conocer lo creado, vivir junto a la naturaleza; es sin duda muy interesante y útil.

Ernesto soñaba con emprender uno de esos viajes que los marinos y la gente de negocios o de deporte realizan con frecuencia por distintos países.

Pero Ernesto no veía del mismo modo a su país que a los demás, lo cual era injusto y deprimente.

Por qué Ernesto era ingrato con su tierra natal?

Precisamente porque Ernesto, no se había ausentado jamás de su patria.

—Un día dijole a su padre: Padre mio: por qué los otros países son tan maravillosos y el nuestro no lo es? Por qué otros hombres tienen el privilegio de vivir en esos países?

Su padre no demostró contrariarse por las preguntas de Ernesto, aunque en realidad sintióse afectado.

—A propósito de lo que es el país nativo o lo que se llama la patria, te contaré una historia, dijole a su hijo:

En mis tiempos vivía en la vecindad de casa un niño llamado Serafín que, como tú, quería recorrer el mundo porque gustaba de saber lo que era la naturaleza.

Tenía verdadero amor a su país. Amaba a sus padres y no hubiera preferido los palacios más deslumbrantes del mundo a su casa nativa.

Como era un niño instruido se preocupó mucho por conocer, por medio de lecturas, las bellezas de su país.

Leía con íntimo deleite espiritual las narraciones y descripciones de los parajes de su tierra.

Por lo demás, en lo tocante a sus relaciones con las personas, su país le resultaba incomparablemente pródigo. Sus amigos y compañeros de tareas; las instituciones y modos de ser o costumbres de su pueblo; parecíanle otros tantos espíritus amigos que le ayudaban a vivir.

Cierto día ese niño hubo de realizar al lado de su padre un viaje largo, por países desconocidos. Serafín no se consolaba de hallarse en tierra extraña. Sentía nostalgia de su madre y la tenía siempre por delante, como una obsesión de su cariño. Creía ver

en todas partes a sus amigos y compañeros y ninguna casa le hospedaba tan amorosamente como su casa nativa.

En medio de tantas banderas extrañas, Serafin sufría de no ver flamear los bellos colores azul celeste y blanco del pabellón nacional.

Y a la par de los más nobles afectos sentíase emocionado porque nadie hablase su lengua. No lograba hacerse entender sino por medio de signos y ademanes como los salvajes o valiéndose de intérpretes; lo cual le resultaba horrible.

— Eso sí, interpuso Ernesto, ha de ser una verdadera desgracia no comprender a sus semejantes, ni ser comprendido a la vez, por ignorar la lengua que ellos hablan.

— Tal es, hijo mio, respondió su padre: cada lengua es una madre común para todos los que la hablan. No se concibe la fraternidad sin el vínculo del lenguaje. Por medio de la palabra el ser humano transmite sus sentimientos y se establece una comunión espiritual entre las personas. No basta, pues, que un país tenga una misma bandera y que los hombres se amen entre sí, para constituir lo que se llama la patria.

Se necesita que sepan entenderse hablando el mismo idioma.

El padre, continuando la historia del niño Serafín, concluyó manifestando que éste solo anhelaba regresar a su patria, porque todo cuanto veía, si causábale admiración y le instruía mucho, no le llamaba al sentimiento tan fuertemente como las cosas de su pueblo. Su corazón le pedía con insistencia el regreso a la casa nativa, que le traía ahora tantos recuerdos dulces y le exaltaba el alma de emoción lejana.

Serafín recordaba a su país con verdadera pasión y se llenaba de consuelo reviendo los retratos de los seres queridos, las cartas que recibía, las vistas de su comarca, cuyos sitios parecíanle ahora encantados.

Los héroes nacionales resultábanle más dignos que nunca de veneración. Serafín había colocado estos retratos entre los de la familia ausente y los admiraba por igual. También se preocupaba de leer con amor muy grande la historia de su patria cuyo sabor íntimo le reconfortaba el espíritu.

Ernesto, que había escuchado con mucha atención a su padre, dijo de pronto: comprendo padre mío que ningún país es más

pródigo para nosotros que el nuestro, donde vivimos entre amores puros y dulces afecciones; donde tenemos nuestra casa nativa; donde podemos comunicarnos libremente por medio del idioma común con todos nuestros compatriotas.

Ansío siempre recorrer otros países en busca de nuevos conocimientos, pero no cambiaría mi país por ningún otro de la tierra y el orgullo de ser argentino, es grande, muy grande; el más insigne de todos los orgullos, padre mio!

VERGÜENZA

—Doña Lucía, preguntó Matilde a su maestra; por qué algunas personas usan afeites?

—Esas personas, Matilde, se aderezan el rostro para hermostearse. Ignoran, seguramente, las graves consecuencias a que se exponen al valerse de esas composturas generalmente nocivas para la salud.

Y no tienen vergüenza esas personas,

agregó Matilde, de llevar arreboles en las mejillas, sombra en las orejas y carmin en los labios?

En un principio sí, contestó la maestra, mas acaban bien pronto, con la costumbre, por perder la vergüenza. Y la buena Lucía, sacando del escritorio un libro, leyó el capítulo siguiente: «No hay cosa más odiosa, más inmoral, más indecente que una persona que se pinta».

«Se viste de máscara: simula un rostro que no tiene, como hacen los malhechores y tomando la costumbre de la falsedad en su semblante, lo mismo se pinta y desfigura el semblante de su alma».

«Debe saberse, además, que las pinturas no hermocean; hacen caras inexpresivas, quitan al cutis su frescura, comunicándole una apariencia de cartón».

«Finalmente, las pinturas, por muy buenas que sean, envejecen, marchitan, destruyen. Las personas que tienen la costumbre de pintarse, pronto, en plena juventud, tienen arrugas; la piel se les apergamina, y concluyen por desfigurarse.

La maestra había recalcado durante la lectura los párrafos más salientes, levantando

do más la voz, pronunciándolos algo despacio y agregando ademanes expresivos.

Después la maestra hizo repetir a Matilde palabra tras palabra todo el primer párrafo, como para grabárselo en su mente, «No hay cosa más odiosa, más inmoral, más indecente que una mujer que se pinta».

Matilde se sentía orgullosa del interés que se había tomado la maestra por su pregunta y se decía, a la vez para sí: «suerte que yo jamás he usado afeites y que no tengo de que avergonzarme».

Después, Matilde preguntó a su maestra: ¿quién de todas las personas conocidas de Ud. se pinta?

La maestra, entonces, le dijo: esa pregunta es indiscreta. Aunque sepamos que una persona se adereza, gasta coloretos y composturas, no debemos echárselo en cara.

La buena educación nos aconseja, en esos casos, saber disculpar a esas personas y valernos de medios indirectos para corregirlas.

Matilde, muy ruborizada, pidió disculpas a su maestra por la pregunta que acababa de hacer.

No debes ruborizarte, Matilde, de no sa-

ber preguntar o de preguntar lo que no corresponde, porque eres aún muy niña. Además, las personas deben ser juzgadas siempre por la intención que ponen en sus preguntas y tú, de seguro, que no has querido ser indiscreta.

Matilde calló. Estaba sofocada de vergüenza y dudaba de acertar, con nuevas preguntas.

Veo, mi noble Matilde, agregó la maestra, que tienes mucha estimación por ti misma. Tú, de seguro, que no gastarás jamás esos recursos o afeites para transformarte la fisonomía porque te parecería merecer siempre la reprobación de tu conciencia y no esperarías, por ello, la reprobación de los demás para corregirte.

Matilde, muy animada, contó después a su maestra que en cierto día de Carnaval habiéndose disfrazado, en compañía de unos parientes mayores de edad, era víctima, mientras recorrían el corso, de toda clase de bromas y de ofensas gruesas por parte de otras máscaras y curiosos y que detrás de la careta «se le caía la cara, de vergüenza».

Y la maestra, al despedir a Matilde, díjole estas palabras: Procura, noble Matilde, conservar siempre esa santa vergüenza, que se

muestra en el alma aunque se oculte el rostro.

EL POBRE MARTÍN

(CUENTO)

¿Quién llama?

—Un maquinista, mamá... le digo que pase?

—No, hija!

—No habrá oído decir que nuestra máquina de coser no marcha del todo bien?...

—Verdad, Marta; pero en este momento no puedo disponer que la arreglen.

—Sin embargo, querida mamá, hoy es un buen día para eso, ya que papá no trabaja.

—Nó... no insistas. De seguro que tú sólo quieres favorecer a un pobre...

—Si, mamá; es un viejito mal vestido, pero que dice garantizar cualquier clase de composturas que hace.

—Díle que no, por ahora.

En el interin, la otra chica de doña Manuela venía gritando:... ha entrado en casa un vagabundo... barbudo... qué feo es!...

—Calla, dijola Martita; es un pobre maquinista que va ganándose el pan.

—Qué?... Si es un mendigo!...

—No!... es un obrero, te lo aseguro yo.

—Bueno, hijitas; no discutan más. No lo preciso!

Luciana salió corriendo en dirección a la puerta de calle para darle esta noticia a voz en cuello. Marta se le interpuso en el camino; la detuvo; hablaron fuerte y hasta riñeron.

—Qué quieres hacer? dijo la madre a Martita. Es menester decirle a ese pobre que se vaya, para que no pierda lastimosamente su tiempo. El, te lo aseguró, no pondrá manos en la máquina de coser... porque, ¿quién lo conoce?

Se le conoce en la cara, mamita, que es persona buena.

—Sí... pero eso no basta. No puedo confiar la máquina a cualquiera. Y si la descompone?

—No, mamita de mi alma; sabe trabajar!... sabe trabajar... Yo sé que es capaz!...

—Cómo lo sabes?

—Me lo imagino. Mi corazón me lo dice!

—Calla, Martita; eres capaz de entregar

cuanto tienes al primer pobre que acierte a pasar por casa.

Que se vaya!... Que se vaya!!... gritaba en tanto Luciana en alta voz, mientras Martita luchaba por taponarle la boca.

—Bueno, dijoles la madre: vamos a verle la cara!

Adelantóse gozosa la buena Martita, prendida con sus dos manos de una punta del delantal de su señora madre y mirándola con ojos suplicantes, como diciéndola: por favor... por favor... que componga la máquina! Su hermana, obstinada, tironeábale de la falda, dando visibles muestras de desagrado y asegurando que ella despacharía con un «nó», que habría de aturdirlo, a ese mendigo...

Faltaban unos diez pasos para llegar a la salita, convertida en taller, del sastre Bartolomé, un santo hombre, que ese día hallábase ausente por haber ido al entierro de un viejo amigo suyo.

Martita, ganando de mano a su hermana, púsose a gritar con toda su alma: «dice que pase»... «que pase adelante».

Al oír esta vocecita, el pobre Martín dijose para sus adentros: «Esta noche no

me tocará dormir en el umbral de las puertas de calle... y por lo menos, hoy comeré»...

No se había atrevido, empero, a entrar. Era de suyo muy prudente y tímido a la vez, y aún cuando esa orden suponía que fuera dada por los dueños de casa, esperaba recibirla de estos mismos, como correspondía.

En cuanto vió a la mujer se descubrió, saludándola con todo respeto.

— Buenos días, señora.

No tuvo tiempo de entrar en tratos. Incontinente, fué despedido.

Martín reaccionó: «señora, díjola, prometo a Ud. hacer una buena compostura. Empeño mi palabra»...

Ah, la palabra de un pobre, con aire tan dejado! pensó para sí, qué seguridad inspira?

Y qué empeñar en garantía?

— Con qué responde Ud., señor, del resultado del trabajo?, preguntó la señora Dorotea.

— Empeño mi palabra, reiteró; no ¿basta...?

— Si... pero... ¿y si por casualidad deja la máquina descompuesta?

Ud. comprende que todavía cose... aunque no tan bien...; pero cose!...

Esta noche mi esposo debe ganar a vuela máquina el tiempo perdido.

—Empeño mi palabra, señora, dijo con cierta afectación el pobre Martín.

—Sí, lo entiendo; pero...

—Señora, cuando este hombre que le habla garantiza con su palabra algún compromiso, lo ha de zanjar, de seguro... Duda Ud. de ésto?

—No, no dudo... ¿mas, con qué garantiza su trabajo?

—Mamá, interrumpió Martita; hágale componer la máquina!...

—Cállate, tonta, repuso airada Luciana; no te metas en la conversación de las personas mayores.

—Si, después, la máquina no cosiera, decía mientras tanto Martín, habría dejado de ser un correcto caballero.

—Ay, Dios mío!, quería decirle doña Manuela, puede concebirse un correcto caballero en tal mendigo?

—Señora, vea Ud. que es un hombre, todo un hombre formal quien le habla.

—Un hombre formal!...

—Nó, señor; pase cuando esté mi marido.

—Observe, señora: Yo diré a Ud., punto por punto, lo que tiene la máquina...

—No me diga nada, porque no entiendo de ello.

—Haga fe, señora, en mis juicios.

—Si no entiendo cómo quiere que de fe...?

—Mamita, no sea así..., sabe mucho este maquinista, interpuso Martita.

—Permitame ver la máquina, señora; puede ser que viéndome trabajar, Ud. se convenciera de mis aptitudes. Dicho ésto, Martín tuvo un arranque de noble atrevimiento, y acercándose a la máquina de coser, hizo andar los pedales... quitó la correa... abrió la caja... Tráigame un destornillador, dijo.

—Ud. no tiene ninguna herramienta, preguntóle la señora.

Martín no contestó palabra. La bondadosa Martita ya había, entretanto, desaparecido. Al ratito, anhelante de entusiasmo, sofocada por el apurón que se había dado, volvía con el destornillador y la llave inglesa.

—Aquí, señor! y entregó las herramientas a Martín. Con esto salvó a Martín de una observación tan justa cuanto humillante para un noble espíritu.

En unos cuantos minutos la máquina de coser estaba desmontada en innumerables piezas.

—Quédense Uds. aquí, dijo la mamá a sus dos hijitas. Voy para la cocina.

—Qué desgracia! Qué dirá Bartolo de todo ésto lo que vuelva?... La culpa de lo que sucede la tiene Martita. Así será el reto... Ella vela más por el pobre que por los de su casa... Cuántos desengaños no sufrirá en la vida!

Ese mendigo que no tiene ni un destornillador, ha de ser un gran embustero...

Qué será de mi máquina! Tal reflexionaba la señora.

.....
—Vé, niñita esta pieza? Se llama engranaje.

Cuántos años tienes? Cómo te llamas? Asistes a la escuela? Hay escuela por acá? Cuál es la tuya?

Luciana corrió a decir a su madre: mamá, mamá...; es un ladrón!; pregunta a Martita tantas, tantas cosas; y la tonta, a todo contesta.

— Oh! qué día,...! Qué será de mi máquina! Vamos, Luciana, a plantarnos a su lado. Nos quedaremos aunque sea sin almorzar... pero lo vigilarémos!...

Martin estaba repasando en este momento unas piezas sucias.

— Todavía está desmontada la máquina? Y si no consigue arreglarla?, díjole en tono acre y severo la señora.

— Está Ud. tranquila; confíe en mí.

— En Ud.? Si hoy es la primera vez que le veo en mi vida.

— No importa; he dado a Ud. mi palabra.

— Bah, bah, bah, con la palabra no hacemos nada!

— Está bien, contestó Martín... y enjugóse una lágrima.

— Ah! dijo nuestro hombre: Cuan poco creído es quien en este mundo no tiene un céntimo con qué justificarse ante su prójimo. En otros tiempos cedi al pobre, sin ningún requisito, cuanto tuve para que se fuese ganando la vida, sobre la base de una máquina de coser...

Fui de los primeros en darlas a crédito, incondicionalmente, confiando por entero en mis acreedores... que luego me hicieron

vender hasta la suela de mis zapatos para cubrir honestamente mi bancarrota.

Aquí me tienen hoy, en tierra extraña, donde me llevara, nó la desvergüenza, sino mi dolor;... sin crédito y... sin palabra!!

Siguió trabajando Martín dos horas largas sin abrir la boca. Pensaba en la familia de otrora; en su pobre esposa muerta, en sus hijitos, muertos tambien, la menor de las cuales se parecia mucho a su protectora... — Ah, exclamó por fin: Ahora el pobre no confia en mí una máquina vieja; cuando miles de máquinas flamantes ha quedado debiéndomelas!...

— Traiga Ud. un trapito... una muestrita de género... Vé, señora? Pruebe Ud. como cose su máquina, está Ud. conforme?

— Parece... que marcha bien.

— Perfectamente, respondió Martín.

— Cuánto es?, preguntó a secas la señora.

— Lo que Ud. guste.

— Cómo lo que yo guste?

— Si, lo que guste... Bueno... deme lo suficiente para comer y dormir en el día de hoy.

— Vea, señor, pásese cuando esté mi marido; el sabrá mejor que yo valorar su trabajo.

— No... no... contestó Martita, espere... espere, buen señor; pagaré a Ud. de mis ahorros, lo que sea... y corrió a buscar su monedero.

— Eso sí que no lo permito querida Martita, contestó el maquinista, al mismo tiempo que la tomaba de un brazo. Agradezco, sobremanera, tu buen corazón y te bendigo.

Ya, con tu acción, me considero bien retribuido; es la mejor recompensa que podía haber recibido por mi trabajo. Al menos un ángel supo ver en mí desde que emigré de mi patria, después de un año de tribulaciones... Cuán feliz me siento por ello!

Lo que se me debe, guárdatelo tú... Martita mía!!

.....
Martita le buscó en vano, después.

Qué no hubiera dado por encontrarle?

De seguro... que todo el tesoro de su alma, tan bella y tan santa!

LA LIBERTAD

¿Hay algo tan anhelado para el hombre como la libertad?

La libertad es el más vigoroso de todos los sentimientos humanos: con él se nace, con él se muere!

La libertad es irreconciliable con el deshonor. La perfidia, el robo, el asesinato y todo otro relajamiento de la dignidad, atentan, contra la divisa de la libertad, que es la fraternidad, bien entendida, de los unos para con los otros.

Si quereis la libertad conservad siempre vuestra grandeza de alma.

«Un alma agitada ya no raciocina; arrastrada por un torbellino irresistible de ideas exageradas, se forma una lógica absurda, furibunda, maligna y cae en un estado enteramente antifilosófico, anticristiano».

El hombre debe aspirar, siempre, a la constancia más perfecta: en eso radica su libertad.

La libertad es, pues, serenidad de alma;

benevolencia, sentimiento de la justicia y firme creencia en superiores destinos.

Por conquistar su libertad y el imperio de la igualdad civil, la humanidad ha derramado torrentes de sangre, prefiriendo el sacrificio al cautiverio.

La heroica raza indigena, ultimada al fin, no claudicó jamás su libertad ante el pendón del conquistador y no existe pueblo de la tierra que se haya resignado, finalmente, a depender de otros.

«Libertad, sagrada Libertad o Muerte», sea por siempre nuestro lema!

MARCHA PATRIÓTICA

Oid, mortales el grito sagrado
Libertad, libertad, libertad,
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble igualdad.

CORO

*Sean eternos los laureles,
Que supimos conseguir
Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.*

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
La grandeza se anida en sus pechos
A su marcha todo hacen temblar.
Se commueven del inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que vé renovando a sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.

Sean eternos los laureles etc.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor,
Todo el país se conturba por gritos
De venganza, de guerra, y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestifera hiel,
Su estandarte sangriento levantan
Provocando a la lid más cruel.

Sean eternos los laureles etc.

¿No los veis sobre México y Quito
Arrojarse con saña tenaz?
¿Y cuál lloran bañados de sangre
Potosí, Cochabamba, y la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto, y llantos, y muerte esparcir?

¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo, que logran rendir?

Sean eternos los laureles etc.

A vosotros se atreve Argentinos
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos, que unidos juraron
Se feliz libertad sostener
A estos tigres sedientos de sangre
Fuerter pechos sabrán oponer.

Sean eternos los laureles etc.

El valiente Argentino á las armas
Corre ardiendo con brio y valor,
El clarín de la guerra, cual trueno
En los campos del Sud resonó.
Buenos--Ayres se opone á la frente
De los pueblos de la inclita unión,
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo Leon.

Sean eternos los laureles etc.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,

La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen,
Aquí el brazo argentino triunfó,
Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.

Sean eternos los laureles etc.

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillante cubrió,
Y azorado a su vista el tirano
Con infamia á la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas se rinden
por trofeos á la libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno á su gran magestad.

Sean eternos los laureles etc.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando
Les repite, mortales oid:
Yá su trono dignísimo abrieron
Las provincias unidas del Sud,
Y los libres del mundo responden
Al gran pueblo argentino salud.

Sean eternos los laureles etc.

CREACION DE LA BANDERA ARGENTINA

La revolución de Mayo había depuesto al Virrey Cisneros y nombrado una junta de gobierno para gobernar estas colonias, por mientras estuviese prisionero de Napoleón, el Rey de España Don Fernando VII.

El propósito verdadero de la Revolución se mantenía encubierto, con fines políticos. Por eso, en la antigua fortaleza de Buenos Aires seguía tremolando el pabellón Ibérico y las expediciones libertadoras luchaban a través del vasto territorio del Virreinato del Río de la Plata, en nombre del Rey Cautivo.

El general Belgrano, puesto al frente de una de las expediciones libertadoras, hallábase a la sazón organizando sus tropas sobre las márgenes del Río Paraná.

Su carácter noble y su ardiente patriotismo repugnaban toda ficción de los ideales de Mayo. Era partidario de luchar desembozadamente, con el ideal por delante, ini-

ciando al pueblo sin pérdida de tiempo en el aprendizaje de la libertad.

Apreciaba la importancia de la definición pública del credo de Mayo que haría brotar en cada pueblo del Virreinato los ideales del hombre libre. Por otra parte, no creía que la ficción política de la Junta de Gobierno de Buenos Aires, pudiera engañar a los antiguos representantes del Gobierno Colonial del Río de la Plata y a los jefes realistas.

Belgrano era un espíritu luminoso, que conocía el valor de la libertad y el precio que los pueblos deben pagar por ella.

Cómo luchar por la causa de Mayo o causa de los derechos del hombre libre, bajo los colores del pabellón español y a nombre del Rey Fernando VII?

Y Belgrano, en un arranque de amor puro y grande hacia su patria, que así la quiso sincera y altiva, consecuente y responsable de sus destinos desde el principio de la nacionalidad, entrega a sus soldados como divisa la escarapela azul celeste y blanca.

En comunicación al Gobierno de las Provincias Unidas, de febrero 13 de 1812, el general Belgrano decía:

«Parece llegado el caso de que V. E. se sirva declarar la escarapela nacional que debemos usar, para que no se equivoque con la de nuestros enemigos».

La resolución oficial, recaída en providencia, fué un triunfo para el general Belgrano; dice así:

«En acuerdo de hoy se ha resuelto que desde esta fecha en adelante, se haya, reconozca y use por las tropas la escarapela que se declara nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata y deberá componerse de los dos colores, blanco y azul celeste, quedando abolida la roja que antiguamente se distinguía. Se comunica a V. E. para los efectos consiguientes a esta resolución. Dios guarde a V. E. muchos años. Feliciano Chiclana, Manuel Sarratea, Juan José Passo, Bernardino Rivadavia, secretario.»

Entre tanto, el general Belgrano hacía tronar las baterías de la fortaleza Independencia en el Rosario y por primera vez, al ceñir en el pecho de sus soldados la escarapela nacional, deciales: «Juremos vencer a los enemigos exteriores e interiores y la América del Sud, será el templo de la In-

dependencia y de la Libertad. En fe de que así lo jurais, gritad conmigo: «Viva la Patria».

El general Belgrano que no aspiraba solamente al distintivo individual de la tropa, sino al de la Patria, vuelve, después, a dirigirse al gobierno, planteando la cuestión de la necesidad de una bandera nacional. «Las banderas de nuestros enemigos, decía, son las que hasta ahora hemos usado; pero ya que V. E. ha determinado la escarapela nacional con que nos distinguiremos de ellos y de todas las naciones, me atrevo a decir a V. E. que también deberían distinguirse aquellas y que en estas baterías no deberían tremolar sino las que V. E. designe. Abajo, Exmo. Señor, esas señales exteriores que para nada nos han servido y con las cuales parece que aún no hubiésemos roto las cadenas de la esclavitud».

El general Belgrano, iluminado por el destino de grandeza moral de su pueblo no esperó la respuesta del gobierno y el 27 de febrero de 1812, enarboló la bandera celeste y blanca conforme a los colores de la escarapela nacional, entre las tropas que la aclamaban frenéticamente.

El gobierno se alarmó porque Belgrano «marchaba a cara descubierta y muy de prisa» y considerando que su actitud podía hacer peligrar la causa de Mayo acobardando a los pueblos, con el credo revolucionario puesto así crudamente de manifiesto; desautorizó al general Belgrano impartiendo órdenes terminantes para ocultar, disimuladamente, la Bandera y reemplazarla por la que se usaba en la Fortaleza de Buenos Aires.

El 25 de mayo de 1812, Belgrano hallábase en Jujuy. Ignorando aún la reprobación del gobierno, dispuso que en tan fausto día fuese saludada la Bandera izada en el Ayuntamiento, con quince cañonazos.

«Paseando yo por sobre las filas la bandera, decía el general Belgrano, puedo asegurar al gobierno que ví y observé el fuego patriótico de las tropas y también oí en medio de un acto tan serio murmurar entre dientes: «nuestra sangre derramaremos por esta Bandera».

A Belgrano, noble patricio, cuya vida consagrada a la patria es un ejemplo de virtud ciudadana, cúpole, pues, la gloria de darnos la bandera azul celeste y blanca por

insignia sagrada de nuestro derecho argentino.

Y a fe, que alma tan pura y amantísima de los derechos del hombre libre; tan heroica y desinteresada, como la de su ilustre creador; lleva en sus pliegues la Bandera Argentina, que hoy cobija a un pueblo grande, fuerte y próspero!

LUZ

Sin luz, nuestro mundo no sería bello y magnificente como lo es ahora y posiblemente no fuera habitable.

El espíritu humano siente ansias de luz y por la noche diríase que se reconcentra como para hacerse impenetrable a las tinieblas.

La luz es la salud del espíritu: evita con sus efectos naturales las desviaciones a que siempre está propensa la conciencia humana.

Mas, hay hombres que bajo el sol no alumbran ya su alma porque la tienen contrita. Esos seres han apagado su luz interior y están condenados a tinieblas perpetuas.

Desconfiad del hombre que huye de la luz del sol y busca el abrigo de las sombras; nadie como él es cobarde e indeterminado; nadie como él está persuadido de que no le vendrá un bien que ansía; nadie como él recela, siempre, del daño de su prójimo.

La noche infunde horror y toda suerte de misterios a muchas personas. Pero esas personas es posible que huyan también de la claridad del día.

La noche es aliada de los malhechores. Recluidos durante el día en sus guaridas, solo esperan las sombras para medrar con toda impunidad.

La noche acongoja, angustia el ánimo del reo a quién remuerde como nunca la conciencia y tiene miedo, espanto, pavor, a las consecuencias de su delito.

Y es probable que el criminal confiese su delito entonces, cuando el alma se recoge sobre si misma, en terrible soledad.

La ignorancia, cual la noche, todo lo sustrae a la vista del hombre. El ignorante ve, pero no mira, oye pero no escucha, siente pero no palpa las cosas de este mundo y en su espíritu se anidan visiones fantásticas y obsesionantes.

La sabiduría es luz que nos hace plena claridad en la conciencia.

La libertad solo es comparable con el sol, que nos prodiga su luz y calor. Sin libertad el espíritu se entenebrece y se marchita como la flor caída.

Pero no creais que haya encierros tan absolutos en esta vida como para aprisionar el alma del hombre bueno y del hombre sabio, hasta sumirla en lobreguez.

El hombre bueno y el hombre sabio viven en plena luz interior.

Inútil será a los tiranos apagar esa luz. La maldad carece de recursos para ello.

Oh,... la Esperanza!: es luz que no se apaga jamás en el alma humana.

Felices los que recorren con su sabiduría el velo del misterio. Gloria a los genios de la Humanidad! Ellos son nuestros luminaires.

Y felices sean por siempre las almas nobles, que para ellas no está hecho el reino de las tinieblas.

CREDO

Creo en todo lo creado y en mi existencia. Tan natural soy yo como todas las demás obras de la Naturaleza. Tan propio debo considerarme, cuanto que ninguna otra persona de la tierra es más dueña de mí que yo mismo. El primero en dar valor a la propiedad de mi ser y el primero en hacerla florecer, debo ser yo.

Así como ninguna otra persona de este mundo puede creer tanto como yo en mi padre y en mi madre, así también nadie puede creer en mí más que yo mismo.

Desgraciados de aquellos seres que creen menos en su padre y en su madre que en las demás personas de la tierra. Desventurados de aquellos a quienes otros aventajen en la creencia que tienen de sí.

El amor es sublime, pero a condición de que creamos por nosotros y no por los demás. En el amor no es posible valerse de interpósitas personas.

Nuestra intimidad nos pertenece absolu-

tamente: en la confianza no busquemos el alivio de nuestras faltas cometidas. El arrepentimiento no nos viene de los demás sino de nosotros mismos. Si no creyéramos haber obrado mal, ¿cómo habríamos de corregir nuestra conducta, sin pureza de intención?

La amistad es una inclinación vehemente del alma, pero la amistad jamás es licencia. No es verdadero amigo quien explora nuestra intimidad.

La amistad se detiene para dar paso a la vida del hogar, a la vida de nuestro yo. Amistad que pretende circunscribir nuestra existencia, no es tal: solo es miseria y ruindad.

Hay cosas impenetrables a la amistad que cada cual consulta consigo mismo, en una elevación del alma!...

No busquéis el amparo ajeno para fortificar vuestra conciencia, si habeis obrado mal.

El mal que entonces habeis cometido se convierte en un mal múltiple, que cada conciencia repite para si y puede que lo imite.

Si alguna pena os aflige, confiad ante todo en vuestro arrepentimiento y estareis seguros de que el milagro de vuestra resurrección, comenzará por ahí.

Tened, pues, fuerza suficiente para soportar las consecuencias del mal en plena soledad y sabed que solo por el bien os redimireis del pecado cometido.

No busquéis, tampoco, la compañía de otras personas para libraros de los temores del alma. El miedo no está en los demás, sino en uno mismo: aprestémonos, pues, a desalojarlo con tiempo.

Solo la fe da vida propia en nosotros. Pero creer es obrar de conformidad y toda creencia es perfecta en sí misma: el mal no tiene, pues, creencia propia; carece de fe!

Sabed elevaros, para no desfallecer en la soledad acompañada, la más terrible de las soledades. Los inventores, los descubridores, los genios, los profetas, fueron casi siempre almas incomprendidas en su tiempo y en medio de tantos semejantes no hallaron quienes fueran sus hermanos de causa.

La fe les hizo ver en la razón y en el amor, con evidencia; y así fueron sabios y

asi fueron los insignes benefactores de la humanidad!

JUSTICIA

El hombre se ennoblece por la justicia y se corrompe y degenera al atentar contra su prójimo. Nada es más horrible que desconocerse en su prójimo al ultrajar su honor.

Quien oscurece su razón y entenebrece el alma para dar paso a sus furias, es un monstruo.

Por fortuna, los hombres de bien explenden sus luces como soles y eclipsan las tinieblas del mal por todas partes. El ejemplo de un hombre de bien contrarresta doquier la obra del malhechor, cubriendo de flores las sendas del vivir.

El hombre que gime a sus semejantes el derecho a la vida, no está aislado. Su causa es la causa de todos los hombres de buena voluntad sobre la tierra.

Jamás los hombres son tan unidos entre si, como cuando están poseídos del sentimiento de reivindicar la justicia. Por fuer-

tes que hayan sido los tiranos que oprimían a su pueblo en dura esclavitud, la libertad se hizo al fin, siempre! Terribles tiempos ha corrido la Humanidad para obtener los sagrados derechos del hombre libre; millones de seres anónimos han derramado su sangre para redimirnos de la esclavitud.

Qué justicia podría pedirse al que manejaba con el látigo a su prójimo, en las faenas de los antiguos esclavos?

Qué justicia podría exigirse de quien ofrendaba a sus dioses, carne humana arrancada en vivo?

La injusticia de la esclavitud es la más nefanda de cuantas hayan existido sobre la tierra. Los tiempos han cambiado y nadie puede ser ahora tratado como bestia; los hombres nacen libres y son iguales ante la Ley. Es esa la conquista más noble y pura, obra verdaderamente milagrosa, por ser extraordinariamente grande y sublime.

La verdadera justicia es la justicia del corazón: quien comete un mal y no siente remordimiento, no se enmendará aunque lo recluyan. En cambio, bajo el sol libre, vivirá agobiado bajo el peso de sus faltas el hombre arrepentido.

La justicia de nuestro tiempo no tiene otros recursos que privar de la libertad al malhechor. Mas, si el reo no tiene el sentimiento de libertad en flor, esa justicia no cura el cáncer del mal con el sistema de las prisiones.

Reflexionad: ¿quién no ha sido injusto en su vida alguna vez?... con su padre o con su madre, o con sus hermanos y camaradas; con sus servidores, o con su prójimo!

Quién no ha sido injusto alguna vez... en los hechos, en la intención siquiera?

Cuántas veces hemos dudado de nuestro prójimo o le hemos supuesto en falta?

Quién puede asegurar que en absoluto no ha faltado nunca a la verdad o que ha sabido siempre dominar el impulso de sus instintos?

Aspiramos a ser justos, aunque solo lo consigamos en parte, porque somos víctimas de nuestras pasiones, de nuestra ignorancia, de los errores de nuestros sentidos.

Pero por encima de toda esa imperfección humana, el sentimiento de justicia brilla desde lo alto y las conquistas de la libertad son las más gloriosas de todas las conquistas humanas.

Todo aquel que conspire contra esas gloriosas conquistas, haciéndolas retrogradar, es un pérfido y merece el calificativo de traidor a la Humanidad.

FRENTE AL EVANGELIO DE MAYO

Después de las Invasiones Inglesas quedó flotando en el ambiente de la ciudad de Buenos Aires un entusiasmo marcial indescriptible.

La ciudad habíase transformado en un vasto cuartel militar. Sus pacíficos moradores, que habían vivido durante siglos la monótona existencia colonial, tuvieron con las Invasiones Inglesas un despertar de gloria y desde entonces, trocando la pasividad habitual por ardor bélico, sólo aspiraban a medir otra vez su valor en los nuevos combates que todos presentían.

La sangre aquella que habían derramado al despedir del suelo nativo al invasor que los había afrentado tan insólitamente, era sangre de redención; era la primera sangre vertida en holocausto al terruño; era la

misma sangre que otrora derramara la raza indígena, en su defensa heroica del suelo contra el conquistador hispano.

Con tal motivo el sentimiento de la raza había reflorado en la conciencia de los criollos, adormecidos éstos en la tarde colonial larga y extenuante.

Verdad que los españoles residentes en Buenos Aires fueron de los primeros en aprestarse a la lucha contra el invasor. Mas, no tardó mucho en separarse en dos bandos la milicia, así nacida de las Invasiones Inglesas— aunque la rivalidad fuera en un principio generosa e inspirada en un sentimiento de orgullo que los padres mismos festejaban en sus hijos al verse superados en ardimiento marcial.

Por aquel entonces, la plaza de Buenos Aires no estaba bien provista de paños y otros adornos convenientes para el vestuario de la tropa. Y por otra parte, los nuevos cuerpos habían dado en llevar los más lujosos uniformes. Hubo que recurrir a España y los mismos ingleses, después, se preocuparon en el contrabando de las mercaderías necesarias para el lucimiento de tan gentil ejército.

En los hogares, la conversación y el comentario obligado era esta actividad bélica que contagiaba a las madres y a las niñas.

Éstas no se daban reposo en confeccionar las prendas de vestuario y seguían y estimulaban con su admiración a la juventud enrolada en los distintos cuerpos y remozada con el atavío militar.

En los recibos, las personas que habían tomado parte en los hechos guerreros del año siete, eran muy festejadas y disputado el honor de su compañía.

En realidad, se esperaba vivamente otra acción guerrera para saciar aquella ansiedad de gloria, tan alta y virilmente sentida en todos los pechos.

Perdida, después, la esperanza de lucha contra el enemigo exterior, el ardimiento bélico cobró nuevo giro. Los acontecimientos de Chuquisaca y La Paz llegaron a conocerse en la Metrópoli y desde entonces ninguno hizo misterio de su credo libertario, trocándose en odio a los españoles aquel odio mortal que se tenía por los ingleses; los que ahora atizaban de cerca el fuego marcial para independizar a estas colonias

del yugo hispano, con miras de comerciar libremente con ellas.

La Revolución de Mayo se produjo al fin, como una consecuencia necesaria y la más saludable para el estado de las conciencias.

Todos la ansiaban para deslindar con ese acto sus posiciones y apartarse, desde ese instante, de toda relación de dependencia con el viejo vínculo hispano.

La causa de la Revolución, en realidad, había prosperado en cada hogar, sacudiendo sus disciplinas y trastocando su paz en vivísimas reyertas de familia. Los padres reprochaban a sus hijos su infidelidad al amado rey Fernando VII; su irrespetuosidad al glorioso pendón de Castilla; y se consideraban ofendidos con las chanzas y pullas de que eran víctimas en este suelo de sus viejos amores, por los propios renuevos de su sangre. Tal ingratitude, les entristecía el alma y les llenaba la cabeza de toda suerte de malos presagios.

Las madres, apuradas en su amor, se transportaron a la causa de sus hijos, entrando a conspirar con ellos por la Libertad.

Así la Revolución de Mayo era la misma revolución que en cada familia había pros-

perado intimamente contra España, trayendo en su ayuda, la santa protección de las madres.

Las expediciones libertadoras lanzadas por la Junta de Mayo a pregonar el verbo de la Libertad por todos los pueblos y villas del antiguo Virreinato del Río de la Plata, habían derramado su primera sangre. La Revolución entraba, pues, en la gloria con el alma de sus hijos caídos en los campos de batalla.

Los hogares enlutados por tal causa eran venerados en su dolor y recibían el tierno y reparador consuelo, como el generoso apoyo a que obligaba la santa causa.

Entraba el año 12 y la Revolución de Mayo pasaba por una grave crisis.

Días sombríos se presagiaban, como consecuencia de la reacción de los elementos adversos a la causa de la libertad y de las dificultades de todo género que se oponían a la formación de un poderoso ejército capaz de abatir al poder Español sobre la marcha misma de los primeros acontecimientos.

En Buenos Aires, no quedaban fuerzas

suficientes, para sofocar un levantamiento, a corto plazo, de los españoles.

Escasamente 400 hombres veteranos había, pertenecientes a dos compañías del Regimiento de Arribeños y alguna tropa del cuerpo de la Unión y gente de la Guardia Cívica. Los demás eran reclutas del regimiento de Granaderos montados, que disciplinaba en el Retiro el general San Martín.

Un negro esclavo de la señora doña Valentina Benigna de Feijóo, que vivía en Barracas, tenía a su cuidado un potrero, de propiedad de dicha mujer.

Los fondos del potrero daban a la quinta de don Martín de Álzaga.

El negro Ventura, que así se llamaba, era un patriota. Además, odiaba mucho a los españoles, suponiéndolos el origen y la causa de la esclavitud a que estaban condenados los de su raza.

En esos días, un hombre llamado Francisco, acababa de instalarse en un rancho que había en el potrero del negro Ventura.

Era aquél, uno de esos seres torpes, sin malicia, que obran sin precaución alguna.

Suponiendo en Ventura a un aliado suyo, le había confesado cuanto sabía, respecto de un movimiento de los europeos contra la Revolución de Mayo.

Según él, los europeos tenían comprado el cuartel de los Artilleros; poseían armamento y muchas escaleras de viento para asaltar el fuerte; llevarían un ataque contra aquél por tres partes distintas; el golpe se daría para fin de mes; muchos buques de guerra a una señal convenida, avanzarían sobre Buenos Aires; se pasaría a cuchillo durante la refriega a todos los criollos existentes en esta Capital, no salvándose ni aún sus mismos hijos.

El negro Ventura se hizo decir todas estas cosas por ese hombre, sin aparentar su sentimiento de rebeldía.

Esa misma noche el negro Ventura, sintiendo el más vivo pesar, por los hechos que le acaecerían a su patria, se lo confesó todo a su patrona—la señora de Feijóo—cumpliendo, al obrar así, con su deber de fidelidad.

Doña Valentina, visiblemente conmovida, escuchó a su esclavo en silencio, durante toda la denuncia.

El esclavo se expresaba con vehemencia, traduciendo en sus gestos y expresiones, el estado de su alma convulsionada por la emoción que lo embargaba.

—Es necesario, doña Valentina, que ponga estas cosas en conocimiento del señor Alcalde o de cualquier persona del Gobierno. Estos hechos son graves y pueden tener serias consecuencias para sus ocultadores.

—¿Pero cómo creer en la seriedad de una denuncia semejante?, le respondió la patrona. ¿Tú dices la verdad?

—Sí, doña Valentina, os lo juro.

—Por otra parte, agregó doña Valentina ¿cómo dar fe al vecino Francisco, que así tan abiertamente confía en los demás un asunto tan peligroso para su existencia? ¿Cómo tomar en serio sus pretensiones de saber del levantamiento de los europeos? El tal Francisco, de seguro, que se ha tomado el nombre de Álzaga, y a fe que lo compromete seriamente.

—Doña Valentina,—respondió el negro Ventura,—ese Francisco es un infeliz que ignora el peligro a que se expone al buscar gente para el levantamiento contra los pa-

triotas y la suerte que correrá don Martín de Álzaga y demás conspiradores.

— Bueno:— agregó doña Valentina — vuelve a ver al vecino Francisco y pregúntale cómo supo los datos que te dió respecto al levantamiento de los europeos.

— Nó, nó; dijo el negro con enérgica resolución. Iré yo mismo a denunciar estos hechos, si Ud. doña Valentina, se inquieta con hacerlo.

Doña Valentina estaba a la sazón enferma. Ante la actitud tan categórica de su esclavo mandó a llamar enseguida, por un hijo suyo, al Alcalde de Barracas.

Entretanto en el Triunvirato, Chiclana había tomado por su cuenta las más activas providencias para aclarar estos hechos.

Don Juan Martín de Pueyrredón no creía en tal conspiración española. Estando a punto de renunciar por la desinteligencia que este asunto le planteaba en el seno del Gobierno, recibió los patrióticos consejos de don Bernardino Rivadavia y todos, entonces, convinieron en la necesidad de obrar sin pérdida de tiempo y eficazmente.

El capitán Cáceres fué comisionado para traer al seno de la Junta al carretillero Francisco Lacar. Practicado el registro de la casa de Lacar, fué hallado el infeliz, abrazado a su hijo, bajo una pila de leña. Había permanecido allí toda la tarde. En el acto prestó declaración, corroborando la denuncia de doña Valentina Feijóo.

La Junta, hizo, después, numerosas prisiones.

A fin de juzgar a los reos en forma «fulminante» nombró una junta de jueces compuesta por los doctores Chielana, Monteagudo y don Martín de Irigoyen.

Álzaga había desaparecido y se le buscaba febrilmente por todas partes.

El día 4 de julio, el pueblo se armaba y concurría espontáneamente a sostener al gobierno y la causa de la Revolución.

En la plaza de la Victoria, cerca de la Pirámide, «se levantó una grande horca con capacidad para tres ajusticiados y a pocas varas otras dos más.

Y frente a la Recova, se fijaron cuatro banquillos y otros tres no lejos de allí.

El pueblo acudió a presenciar las ejecuciones de los reos.

A las 12 del día del 4 de julio de 1812, los cadáveres de Lacar, Latorre y Cámara, pendían de la horca, «en tanto los pilluelos se befaban de ellos».

En el ínterin la Junta, publicaba bandos patrióticos, que enardecían al pueblo de Buenos Aires. «Conservad, ciudadanos, decía, tan nobles sentimientos y vuestros enemigos todos, desaparecerán a la vista sola de vuestros semblantes irritados. Tranquilizaos, volved al sosiego de vuestras amables familias y confiad en la justicia del Gobierno y en la rectitud de vuestros dignos mandatarios».

Al día siguiente se comisionaba a don Domingo Martínez, con plenos poderes para apresar a don Martín de Álzaga, «cabeza principal de los conspiradores, reo de alta traición».

Aprehendido Álzaga, el lunes 6 de julio a las 10 de la mañana, era conducido al patíbulo.

Don Martín de Álzaga, marchando por entre una doble fila de soldados, con la cabeza al descubierto y llevando en su mano un crucifijo y a su lado al sacerdote, avanzaba al banquillo con toda entereza de ánimo.

Antes de sentarse, bajando los ojos al suelo, exclamó: «Perdón»! Después pidió que no se le vendaran los ojos y rogó a los tiradores que le apuntaran al pecho, salvándole el rostro. Y en tanto el sacerdote se retiraba alzando los ojos al cielo y rezando su credo, se le oyó gritar a Álzaga, con fuerte voz: «Muchachos, cumplan con su deber».

Los tiros sonaron y el cuerpo de Álzaga se desplomó al suelo. Su cadáver fué, después, colgado de la horca y expuesto en la plaza pública.

El evangelio de Mayo, con la sangre de los conspiradores, recibía en la propia cuna su consagración. En adelante, el escarmiento evitaría otras efusiones de sangre y muchos espíritus desprevenidos e irresolutos, ganaban el camino de la luz, evitando así el sacrificio estéril de sus vidas.

“YO”

Yo soy un mundo tan grande y maravilloso como el resto de lo creado.

El mundo está en mí y todo lo que no vive en mí, es como si no existiera.

Mi «yo» aspira a la inmortalidad. Mi «yo», es sagrado y nadie puede conspirar contra él. Mi «yo» es razonable y puede comunicarse con otros espíritus; es impenetrable y su intimidad me pertenece en absoluto; mi «yo» es inconfundible; es siempre una individualidad propia en la individualidad colectiva.

Tengo en mí fuerzas creadoras y no dudo jamás de mi valor.

Amo la Naturaleza, me inspiro en ella y busco con afán en sus entrañas el pan de cada día. La Naturaleza me da el pan con que me nutro y me brinda aún sus flores, con que regala mi existencia.

Yo soy un optimista; me he propuesto dominar mi voluntad con fines útiles: triunfar siempre.

Cuidemos nuestro «yo» como el mejor tesoro; sepamos comprender a tiempo nuestra vocación; obremos por principios y con permanente conciencia del fin.

La felicidad está en nosotros; nace de nuestro «yo»; de nuestras convicciones y de nuestros deseos; de nuestro sentimientos e idealidades; de nuestros esfuerzos.

La defensa propia es un derecho innato en el individuo y nadie puede ser privado de ejercitarla.

Pretender subyugar a la fuerza la conciencia del individuo, para que éste abdique del derecho de defensa o declare preconcebidamente en su contra, es un delito de lesa humanidad.

LA CONCIENCIA

Los sentidos son las puertas del alma; por ellos penetra en nosotros toda la realidad exterior.

El hombre, aún en su estado normal puede ser víctima de perversiones de los

sentidos, cuando no presta atención en el momento en que aquéllos actúan por efecto de ciertos fenómenos, a que no está acostumbrado a escudriñar en su propia conciencia.

Pero la obra de los sentidos es constantemente corregida por nuestra inteligencia. Por eso muchas veces decimos: «me ha parecido ver», «he creído oír», etc., en lugar de afirmar rotundamente lo que se ha visto u oído.

La conciencia asegura, después, si lo que hemos visto, oído o sentido, es verdadero o falso.

No basta tener ojos, tacto, gusto, olfato, oído para sentir bien. En otros términos, se dice que hay personas que no saben ver, ni oír, ni gustar, o palpar, etc.

Por el ojo de un microscopio, o de un telescopio solamente saben mirar los hombres entendidos. Quien no es médico, o no ha practicado, por ejemplo, no sabe auscultar.

El que no conoce de paños, es inútil que los palpe.

Esto significa que se debe mirar, escuchar o percibir, siempre, con el sentido de

nuestra conciencia, o sea de nuestra razón más elevada.

Nuestra conciencia recoge constantemente la obra de los sentidos y la corrige o depura. Otras veces, en los casos en que está alterada, deforma o confunde estas impresiones.

La conciencia se sirve de las relaciones que existen entre las cosas y fenómenos observados y de los efectos de la experiencia en el tiempo, para establecer sus conceptos. Ese sentido de la conciencia dice siempre: «esto es real»—«esto no es real».

Nuestros sentimientos, nuestros afectos, nuestras pasiones, obran poderosamente sobre ese sentido, sea para vigorizarlo, o para restarle influencia.

El hombre educado sabe proceder con independencia de juicio y conoce bien todos esos fenómenos de la conciencia, que obran en favor o en contra de la obra de nuestros sentidos; los aprovecha o los rechaza y se mantiene siempre en perfecto equilibrio moral.

Es una verdadera desgracia llegar a padecer de visiones, alucinaciones u obsesiones. Y a ello se llega por no cultivar aten-

tamente nuestra conciencia, al través de la obra de nuestros sentidos o de los efectos de la propia naturaleza interior.

En un principio las desviaciones o extravíos de la conciencia son remediabiles. Pero una vez que esas desviaciones y extravíos toman cuerpo, exponen al individuo a gravísimas consecuencias, muchas veces fatales.

LA SOBERANÍA

Isidoro no se explicaba ciertos principios que rigen la vida del individuo y de las naciones, aunque se sentía inclinado a comprenderlos.

Un día, Isidoro preguntó a su maestro: — Señor maestro, ¿cómo es que tantas personas que no se conocen entre sí, forman parte de una misma nación o pueblo?

— Esas personas, Isidoro, están ligadas, a pesar de no conocerse entre sí, por relaciones muy estrechas y sometidas a leyes que les son comunes.

Más allá de la familia y de nuestras relaciones personales se debe reconocer a

otros muchos hermanos, que viven al amparo de un mismo pabellón y que comparten con nosotros de los derechos de esa propiedad llamada Estado o Nación y tienen a la vez el deber de velar, como nosotros, por su integridad moral.

Todas esas personas que pertenecen a una misma nación o pueblo logran entenderse entre sí mejor que con las demás del mundo, por cuanto se comprenden su lengua, su religión, sus costumbres y aunque tienen a la vez aspiraciones tan universales como las de los otros hombres del mundo, persiguen fines de protección propios, cual si se tratase de obtener el bienestar y la felicidad de sus mismas familias.

—Si, señor maestro, dijo Isidoro, pero ¿cómo han podido tantas personas desconocidas, congregarse con unos mismos fines y aspiraciones en una sola nación o pueblo?

—Isidoro, respondió su maestro, existe en la naturaleza humana este maravilloso sentimiento de unión.

Todas las personas que andan por el mundo son nuestros semejantes.

En principio la naturaleza humana siente y quiere al unisono.

Hay sentimientos que son universales, que se anidan en toda conciencia, tanto en la del hombre civilizado como en la del aborigen, por cuya integridad la humanidad de todos los tiempos se ha desgarrado en luchas heroicas y estupendas; tales son los sentimientos de libertad y los ideales de independencia.

Además, la humanidad con los siglos viene progresando más rápidamente de lo que se cree. La Ciencia, el Arte, el Comercio y las Industrias, son así mismo manifestaciones universales del genio humano.

Ningún progreso conseguiría el individuo solo o aisladamente; el esfuerzo aislado no nos hubiera librado de la barbarie del hombre primitivo.

Isidoro, interrumpió entonces a su maestro, diciéndole:—Yo no alcanzo a comprender, señor maestro, cómo tantas personas que no se conocen entre sí son gobernadas por un mismo poder?

—Te he explicado, Isidoro, que las personas deben necesariamente unirse porque hay en la naturaleza humana fuerzas que propenden a la solidaridad.

Las personas de una misma familia están

ligadas por el vínculo de sangre y el amor que se profesan hace indestructible esa unión.

Cada cual es consciente de este vínculo y propende con todos sus actos a la solidaridad humana.

De igual modo, puede concebirse una unión de familias, o sea de las personas de nuestra relación.

Y extendiendo aún más ese círculo, se alcanza a comprender lo que es una sociedad más vasta de círculos que tienen relaciones entre sí.

Naturalmente que todas las personas deben comprender cuáles son sus deberes, sus derechos y obligaciones; que la propiedad es inviolable; que todos los hombres aspiran a ser libres e iguales ante la ley; que debe reconocerse un poder central y acatamiento a las autoridades constituidas; ya que todos a la vez no podrían gobernar y pretender no ser gobernados.

Finalmente, que todos deben propender al orden, base del bienestar general; afianzar la justicia y mantener la paz.

Pues bien, Isidoro, al conjunto de individuos, conscientes de sus deberes, derechos y obligaciones; capaces de hacer el

bien y de prosperar; unidos en la defensa común y en la obra del progreso; regidos por unas mismas leyes y bajo una misma bandera; a ese conjunto se le llama Estado, Nación o soberanía.

—Entonces, contestó Isidoro, ¿hay dos clases de soberanías?

—Sí, mi buen discípulo: la soberanía del individuo o privada y la soberanía del individuo asociado, que es la soberanía pública, del Estado o de la Nación.

Llámase soberanía individual al poder propio de toda persona en la plenitud de su capacidad para realizar libremente sus fines, en tanto que no ofenda la libertad de un tercero.

Y entiéndese por soberanía de la Nación un poder de dominación del Estado sobre el individuo, en garantía de la propia libertad individual, apoyado en los derechos del hombre y sostenida, en caso dado, por el imperio de la fuerza constituida en nombre del derecho; fuerza que todas las naciones tienen, para hacer respetar sus leyes, restablecer el orden público, afianzar la unión interior, defenderse de cualquier agresión extraña.

Los principios de la soberanía del Estado son, así, universales. Los principios de la soberanía nacional que nos rigen están estipulados en el preámbulo de la Constitución Argentina, que dice así:

«Nos, los Representantes del pueblo de la Nación Argentina, reunidos en Congreso General Constituyente por voluntad y elección de las Provincias que la componen, en cumplimiento de pactos preexistentes, con el objeto de constituir la unión nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover al bienestar general, y asegurar los beneficios de la libertad, para nosotros, para nuestra prosperidad, y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino: invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia: ordenamos, decretamos y establecemos esta Constitución para la Nación Argentina».

CONSTITUCIÓN DE LA NACIÓN ARGENTINA

DECLARACIONES, DERECHOS Y GARANTÍAS

Artículo 1.º La Nación Argentina adopta para su Gobierno la forma representativa republicana federal, según lo establece la presente Constitución.

Art. 2.º El Gobierno Federal sostiene el culto Católico Apostólico Romano.

Art. 3.º Las autoridades que ejercen el Gobierno Federal, residen en la ciudad que se declare Capital de la República por una ley especial del Congreso, previa cesión hecha por una o más Legislaturas Provinciales, del territorio que haya de federalizarse.

Art. 4.º El Gobierno Federal provee a los gastos de la Nación con los fondos del Tesoro Nacional, formado del producto de derechos de importación y exportación hasta mil ochocientos sesenta y seis, con arreglo a lo estatuido en el inciso 1.º del artículo 67; del de la venta o locación de tierras de propiedad nacional, de la

renta de Correos, de las demás contribuciones que equitativa y proporcionalmente a la población imponga el Congreso General, y de los empréstitos y operaciones de crédito que decrete el mismo Congreso para urgencias de la Nación o para empresas de utilidad nacional.

Art. 5.º Cada provincia dictará para sí una Constitución, bajo el sistema representativo republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de la Constitución Nacional, y que asegure su administración de justicia, su régimen municipal, y la educación primaria. Bajo estas condiciones, el Gobierno Federal garante a cada Provincia el goce y ejercicio de sus instituciones.

Art. 6.º El Gobierno Federal interviene en el territorio de las provincias para garantir la forma republicana de gobierno, o repeler invasiones exteriores, y a requisición de sus autoridades constituídas, para sostenerlas o restablecerlas, si hubiesen sido depuestas por la sedición, o por invasión de otra provincia.

Art. 7.º Los actos públicos y procedimientos judiciales de una provincia gozan de entera fe en las demás; y el Congreso puede por leyes generales determinar cuál será la forma pro-

batoria de estos actos y procedimientos, y los efectos legales que producirán.

Art. 8.º Los ciudadanos de cada provincia gozan de todos los derechos, privilegios e inmunidades inherentes al título de ciudadano en las demás. La extradición de los criminales es de obligación recíproca entre todas las provincias.

Art. 9.º En todo el territorio de la Nación no habrá más aduanas que las nacionales, en las cuales regirán las tarifas que sancione el Congreso.

Art. 10. En el interior de la República es libre de derechos la circulación de los efectos de producción o fabricación nacional, así como la de los géneros y mercancías de todas clases, despachadas en las aduanas exteriores.

Art. 11. Los artículos de producción o fabricación nacional o extranjera, así como los ganados de toda especie, que pasen por territorio de una provincia a otra, serán libres de los derechos llamados de tránsito, siéndolo también los carruajes, buques o bestias en que se transporten: y ningún otro derecho podrá imponérseles en adelante, cualquiera que sea su denominación, por el hecho de transitar el territorio.

Art. 12. Los buques destinados de una provincia a otra, no serán obligados a entrar, anclar y pagar derechos por causa de tránsito; sin que en ningún caso puedan concederse preferencias a un puerto respecto de otro, por medio de leyes o reglamentos de comercio.

Art. 13. Podrán admitirse nuevas provincias en la Nación; pero no podrá erigirse una provincia en el territorio de otra u otras, ni de varias formarse una sola, sin el consentimiento de la Legislatura de las provincias interesadas y del Congreso.

Art. 14. Todos los habitantes de la Nación gozan de los siguientes derechos, conforme a las leyes que reglamenten su ejercicio, a saber: de trabajar y ejercer toda industria lícita; de navegar y comerciar; de peticionar a las autoridades; de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino; de publicar sus ideas por la prensa sin censura previa, de usar y disponer de su propiedad; de asociarse con fines útiles; de profesar libremente su culto; de enseñar y aprender.

Art. 15. En la Nación Argentina no hay esclavos; los pocos que hoy existen quedan libres desde la jura de esta Constitución; y una ley especial reglará las indemnizaciones a que dé

lugar esta declaración. Todo contrato de compra y venta de personas es un crimen de que serán responsables los que lo celebrasen, y el escribano o funcionario que lo autorice. Y los esclavos que de cualquier modo se introduzcan, quedan libres por el solo hecho de pisar el territorio de la República.

Art. 16. La Nación Argentina no admite prerrogativas de sangre, ni de nacimiento: no hay en ella fueros personales, ni títulos de nobleza. Todos sus habitantes son iguales ante la ley, y admisibles en los empleos, sin otra condición que la idoneidad. La igualdad es la base del impuesto y de las cargas públicas.

Art. 17. La propiedad es inviolable, y ningún habitante de la Nación puede ser privado de ella sino en virtud de sentencia fundada en ley. La expropiación por cosa de utilidad pública debe ser calificada por ley y previamente indemnizada. Solo el Congreso impone las contribuciones que se expresan en el artículo 4.º. Ningún servicio personal es exigible sino en virtud de la ley o de sentencia fundada en ley. Todo autor o inventor es propietario exclusivo de su obra, invento o descubrimiento, por el término que le acuerde la ley. La confiscación de bienes queda borrada para siempre del Có-

digo penal argentino, Ningún cuerpo armado puede hacer requisiciones, ni exigir auxilios de ninguna especie.

Art. 18. Ningún habitante de la Nación puede ser penado sin juicio previo fundado en ley anterior al hecho del proceso, ni juzgado por comisiones especiales, o sacado de los jueces designados por la ley antes del hecho de la causa. Nadie puede ser obligado a declarar contra sí mismo; ni arrestado sino en virtud de orden escrita de autoridad competente. Es inviolable la defensa en juicio de la persona y de los derechos. El domicilio es inviolable, como también la correspondencia epistolar y los papeles privados; y una ley determinará en qué casos y con qué justificativos podrá procederse a su allanamiento y ocupación. Quedan abolidos para siempre la pena de muerte por causas políticas, toda especie de tormento y los azotes. Las cárceles de la Nación serán sanas y limpias, para seguridad y no para castigo de los reos detenidos en ellas; y toda medida que a pretexto de precaución conduzca a mortificarlos más allá de lo que aquella exija, hará responsable al juez que la autorice.

Art. 19. Las acciones privadas de los hombres que de ningún modo ofendan al orden y

a la moral pública, ni perjudiquen a un tercero, están sólo reservadas a Dios, y exentas de la autoridad de los magistrados. Ningún habitante de la Nación será obligado a hacer lo que no manda la ley, ni privado de lo que ella no prohíbe.

Art. 20. Los extranjeros gozan en el territorio de la Nación de todos los derechos civiles del ciudadano; pueden ejercer su industria, comercio y profesión; poseer bienes raíces, comprarlos y enajenarlos; navegar los ríos y costas; ejercer libremente su culto; testar y casarse conforme a las leyes. No están obligados a admitir la ciudadanía, ni a pagar contribuciones forzosas extraordinarias. Obtienen nacionalización residiendo dos años continuos en la Nación; pero la autoridad puede acortar este término a favor del que lo solicite, alegando y probando servicios a la República.

Art. 21. Todo ciudadano argentino está obligado a armarse en defensa de la Patria y de esta Constitución, conforme a las leyes que al efecto dicte el Congreso y a los decretos del Ejecutivo Nacional. Los ciudadanos por naturalización son libres de prestar o no este servicio por el término de diez años, contados desde el día en que obtengan su carta de ciudadanía.

Art. 22. *El pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución. Toda fuerza armada o reunión de personas que se atribuya los derechos del pueblo y peticione a nombre de éste, comete delito de sedición.*

Art. 23. *En caso de conmoción interior o de ataque exterior que pongan en peligro el ejercicio de esta Constitución y de las autoridades creadas por ella, se declarará en estado de sitio la provincia o territorio en donde exista la perturbación del orden, quedando suspendas allí las garantías constitucionales. Pero durante esta suspensión no podrá el Presidente de la República condenar por sí ni aplicar penas. Su poder se limitará en tal caso, respecto de las personas, a arrestarlas o trasladarlas de un punto a otro de la Nación, si ellas no prefiriesen salir fuera del territorio argentino.*

Art. 24. *El Congreso promoverá la reforma de la actual legislación en todos sus ramos, y el establecimiento del juicio por jurados.*

Art. 25. *El Gobierno Federal fomentará la inmigración europea; y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias,*

e introducir y enseñar las ciencias y las artes.

Art. 26. La navegación de los ríos interiores de la Nación es libre para todas las banderas, con sujeción únicamente a los reglamentos que dicte la Autoridad nacional.

Art. 27. El Gobierno Federal está obligado a afianzar sus relaciones de paz y comercio con las potencias extranjeras, por medio de tratados que estén en conformidad con los principios de derecho público establecidos en esta Constitución.

Art. 28. Los principios, garantías y derechos reconocidos en los anteriores artículos no podrán ser alterados por las leyes que reglamenten su ejercicio.

Art. 29. El Congreso no puede conceder al Ejecutivo Nacional, ni las Legislaturas Provinciales a los Gobernadores de provincia, FACULTADES EXTRAORDINARIAS, ni la SUMA DEL PODER PÚBLICO, ni otorgarles SUMISIONES o SUPREMACÍAS, por las que la vida, el honor o las fortunas de los Argentinos queden a merced de gobiernos o persona alguna. Actos de esta naturaleza llevan consigo una nulidad insanable, y sujetarán a los que los formulen, consientan o firmen, a la responsabilidad y penas de los infames traidores a la Patria.

Art. 30. La constitución puede reformarse en

el todo o en cualquiera de sus partes. La necesidad de reforma debe ser declarada por el Congreso con el voto de dos terceras partes, al menos, de sus miembros; pero no se efectuará sino por una Convención convocada al efecto.

Art. 31. Esta Constitución, las leyes de la Nación que en su consecuencia se dicten por el Congreso y los tratados con las potencias extranjeras, son la ley suprema de la Nación; y las autoridades de cada provincia están obligadas a conformarse a ella, no obstante cualquiera disposición en contrario que contengan las leyes o constituciones provinciales, salvo para la provincia de Buenos Aires, los tratados ratificados después del Pacto de 11 de Noviembre de 1859.

Art. 32. El Congreso Federal no dictará leyes que restrinjan la libertad de imprenta o establezcan sobre ella la jurisdicción federal.

Art. 33. Las declaraciones, derechos y garantías que enumera la Constitución, no serán entendidos como negación de otros derechos y garantías no enumerados, pero que nacen del principio de la soberanía del pueblo y de la forma republicana de gobierno.

Art. 34. Los Jueces de las Cortes Federales no podrán serlo al mismo tiempo de los Tribunales de provincia, ni el servicio Federal, tanto en lo

civil como en lo militar, de residencia en la provincia en que se ejerza, y que no sea la del domicilio habitual del empleado, entendiéndose esto para los efectos de optar a empleos en la provincia en que accidentalmente se encuentre.

Art. 35. Las denominaciones adoptadas sucesivamente desde 1810 hasta el presente, a saber: PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA, REPÚBLICA ARGENTINA, CONFEDERACIÓN ARGENTINA, serán en adelante nombres oficiales indistintamente para la designación del Gobierno y territorio de las Provincias, empleándose las palabras « NACIÓN ARGENTINA » en la formación y sanción de las leyes.

ASAMBLEA GENERAL CONSTITUYENTE DEL AÑO 1813

DECLARACIÓN DE DERECHOS Y GARANTÍAS

En la memorable Asamblea General Constituyente del año 1813, la soberanía del pueblo argentino surge radiosa a la faz de la tierra, cual la expresión más alta de los derechos del hombre y del ciudadano.

El verbo de Mayo viene consagrado en leyes inmortales que definen, inconfundiblemente, la personalidad moral de la nueva nación; y así ésta se alza en Julio en el sitial augusto de la Justicia, para todos los hombres del mundo que quieran ampararse bajo su bandera de libertad, de orden y de progreso.

La Asamblea General Constituyente del año 1813 señala los destinos de nuestro pueblo entre los demás del orbe. Diríase que es la conciencia argentina de cuyo seno virgen, manan raudales de luz y de amor; energías estupendas, que trazan los cauces definitivos para nuestro credo republicano de gobierno.

Efectivamente—la Asamblea General Constituyente del año 1813, decreta las más sabias y humanitarias medidas, cuyos orígenes no pueden ser otros que los de la misma libertad en que ellas se inspiran.

Entre esas medidas, merecen anotarse las siguientes:

Decretó la libertad de vientres; declaró la libertad de los esclavos que se introdujeron en el territorio; ordenó el primer censo de la República; reglamentó los requisitos

para que los españoles obtuviesen su carta de ciudadanía; constituyó un poder ejecutivo permanente, determinando la forma de su renovación; dió un Estatuto al Supremo Poder Ejecutivo hasta la sanción de la Constitución; mandó que fuesen bautizados gratis, los niños de casta; declaró beneméritos en alto grado a los vencedores en Salta; reglamentó la educación y ejercicios de los libertos; premió al general Belgrano por sus importantes triunfos militares; declaró que los diputados de las Provincias, representan colectivamente a la Nación; aprobó un plan de enseñanza para la Facultad de Medicina; ratificó el decreto que libertó a los indígenas del tributo y la mita, encomiendas etc.; ordenó la supresión de todos los títulos de Condes, Marqueses y Barones en el territorio de las Provincias Unidas; decretó la creación de un instituto militar; concedió privilegios de invención; decretó que no debía atenderse a la antigüedad sino al mérito para todo nombramiento eclesiástico, político, o militar; declaró abolida la solemnidad del juramento en los contratos y juicios; declaró extinguida la autoridad del tribunal de la Inquisición; mandó acuñar

monedas de oro y plata; declaró fiesta cívica el 25 de Mayo y única canción de las Provincias Unidas, la compuesta por Vicente López y Planes; aprobó la abolición de tormentos e inutilización en la plaza pública de los instrumentos destinados a la tortura; prohibió la colocación de escudos de armas, jeroglíficos y demás distinciones de nobleza en parajes públicos.

Quedarán estampadas para siempre en el alma argentina, las sabias cuanto humanitarias leyes de la Asamblea General Constituyente del año 1813; las que consagradas en hechos inequívocos, significarán en alto grado, el honor de la Patria.

MARCHA PATRIÓTICA

CORO

Sudamericanos
Mirad ya lucir
De la dulce patria
La aurora feliz.

La América toda
Se conmueve al fin,
Y a sus caros hijos
Convoca a la lid.
A la lid tremenda,
Que va a destruir
A cuantos tiranos
Osanla oprimir.

De la gloria el genio
Ardor varonil
Infunde en los pechos;
La fuerza sentid.
Si el déspota impio
Atentare vil
Vuestra libertad,
Al punto acudid.

La patria en cadenas
No vuelva a gemir,
En su auxilio todos
La espada ceñid.
El padre a sus hijos
Pueda ya decir:
Gozad de derechos
Que no conocí.

De la patria al seno
Volando venid,
Que el sol os preside
En su alto cenit.
Bellas argentinas,
De gracia gentil,
Os tejen coronas
De rosa y jazmín.

ESTEBAN DE LUCA.

LOS POETAS ARGENTINOS

Los poetas argentinos han contribuido, poderosamente, a la formación del credo revolucionario de Mayo, cantando a la Libertad y a la tierra nativa, con inspiración robusta y ardimiento nobilísimo.

En los oscuros tiempos que precedieron a la Emancipación, cuando la instrucción era un bien propio y exclusivo de la nobleza y se carecía de prensa para difundir las ideas; fué la poesía popular el principal vehículo de cultura y que sirvió a la vez de grato esparcimiento a los espíritus.

A partir de las Invasiones Inglesas, nuestros poetas cantaron con brio aquellas condiciones heroicas que tanto reafirman la fé en los verdaderos valores morales de la raza. Y estuvieron felices en excogitar los recursos de su estro.

Las Invasiones Inglesas, que tanta influencia ejercieron sobre la moral del pueblo de Buenos Aires, precipitándolo a la conquista de sus destinos libres; fueron así los acontecimientos indispensables para nuestros poetas, en medio de la vida colonial que trascurría tranquila y olvidada del resto del mundo.

Y a los poetas de entonces corresponde el honor de haber concebido, antes que otros y más profundamente, en ocasión de esos hechos guerreros de primera magnitud; la idealidad histórica de mayor trascendencia política para los destinos de la República.

Y la poesía aquella, fué el mejor pregón de los principios de la libertad!

Declarada la Revolución de Mayo, los poetas se entregan a cantarla con gran fervor patriótico y en verso heroico.

La Canción Nacional dada en el año 1813 al pueblo de Buenos Aires, primero; y des-

pués a todas las provincias del antiguo Virreinato del Río de la Plata, ejerció tanta influencia excitativa para la causa y prestigio de nuestra Independencia, como la robusta acción que seguidamente a Mayo desarrollara la Junta de Gobierno con sus célebres bandos y proclamas.

La sugestión patriótica honda y viril que esa marcha guerrera produjo, abrevió el término para la obtención definitiva de nuestra Emancipación Nacional.

Después, nuestros poetas siguen con diligente atención los hechos de armas del ejército patriota y mantienen firme la fe del pueblo en el credo de Mayo, alentando vigorosamente la moral del soldado a quien colocan, primero que la Historia, la corona de laureles sobre su frente de triunfador.

Más tarde, durante la época de la anarquía nuestros poetas sostienen con toda dignidad la causa del orden y en versos cálidos, uncidos de amor, cantan a la Patria grande, a la Patria fuerte; a la única Patria de los argentinos.

Llega la Tiranía y los poetas siempre fieles al viejo credo de libertad de sus abuelos, fustigan al tirano Rosas y a sus secuaces.

La poesía de esos tiempos, escrita con pluma impregnada de sangre, es toda ella un himno ardiente de redención, en demanda de la libertad conculcada y proyecta la más intensa de las luces en la horrorosa noche aquella, en que los hermanos debieron desconocerse, hasta matar en propia carne el germen nefando del despotismo.

Nuestros poetas fueron así los más fervorosos patriotas y se distinguieron siempre por la conciencia lúcida de los grandes destinos de la Patria. Su fe magnificante en la libertad y en el honor de la República, se mantuvo ineclipsable y con el desinterés propio de los benefactores de la humanidad, cual lo fueran en virtud.

La Historia no ha dado a nuestros poetas, todavía, el lugar que se merecen en las glorias de su pueblo. Sus obras son bien conocidas de los espíritus selectos: pero se impone su eficaz y pronta divulgación.

A reparar un largo olvido y a colocarles en la sien augusta la palma del verde laurel, por manos infantiles, por espíritus azules; dedícase este recuerdo!

UNA LECCION PATRIOTICA

Prometí deciros quién de vosotros hubiese hecho el mejor Escudo Nacional Argentino y vengo gustoso a cumplir con este cometido.

Durante una hora entera habéis estado ocupados, con el mayor de los entusiasmos, en dicha labor. Decididamente, ninguno de los presentes ha querido ceder el primer puesto a otro, en este concurso tan sencillo cuanto significativo.

Pues bien, niños míos; revisando vuestros escudos, escogeré, ahora, para premiarlo, el que tenga el sol naciente más radiante; las manos entrelazadas más estrechamente unidas; el gorro frigio más libertario; los laureles verdes, muy verdes!

Creeréis que mi juicio se fundamentará en definitiva, sobre una cuestión exclusivamente artística o que el niño que mejor dibuje o pinte obtendrá el puesto de honor en este concurso?

Nó, mis escolares; habrá hecho el Escudo del todo perfecto, según lo auspicio, aquél que al pintar el sol sólo haya pensado en el astro rey prodigando a raudales su luz y calor sobre las entrañas de nuestra munificente Patria; aquél que al hacer las manos entrelazadas haya sentido más de cerca la unión de los hombres entre sí, el dulce amor al género humano; aquél que al representar el gorro frigio haya soñado cual ninguno con el ideal sublime de la libertad; aquel que al trazar los laureles haya amado altamente la belleza y magnitud del alma de nuestros mártires, caídos en holocausto del ideal emancipador.

Para que me comprendáis claramente: ¿habrá otro ser sobre la tierra dispuesto con el fervor de un hijo a pintar lo mejor que pueda el cuadro de su venerada madre?

Qué artista se asociaría, como él, tan íntimamente, a esa obra de su cariño y de su admiración?

Creeréis, acaso, que haya ser sobre la tierra más deseoso que ese hijo, de su propia perfección artística, para transportar con fidelidad la evidencia de sus ternuras al blanco lienzo?

Nó, no lo hay, mis buenos discípulos.

Por lo dicho, ya comprenderéis que no busco entre vosotros al niño que mejor pinte, sino al hijo más fiel de la Patria, que ella tanto necesita para su esplendor y poderío.

El niño que quiere, en verdad, para su tierra días de gloria, anhelará ver en el Escudo un sol realmente brillante. No tendrá límites su justa obsesión por el derramamiento de la más pura de las luces y del más benéfico calor sobre su suelo natal. El Sol... que es Vida! ¡Oh sol, que fecundizas la simiente que da la espiga de oro y el verde al ganado, fuentes de la inmensa riqueza de mi amado suelo. Gloria a tí!

Tal niño hará, asimismo, las manos estrechamente unidas, hermanadas en inmortal lazo, para que así jamás dejen escaparse la pica del famoso gorro frigio, símbolo de la libertad. ¡Oh, libertad anhelada... dulce bálsamo del corazón!

Bien lo sabéis que el hombre se debe a ella, cual ser alguno de la tierra.

No habéis observado a las fieras aprisionadas? ¡Ah, la verde campiña, el bosque rumoroso, el abierto páramo, la abrupta

sierra donde vieron la luz primera de sus libertades!...

Si, mis escolares: Ese niño de que os hablaba, hará también los laureles bien verdes, lozanos, frescos. Esos laureles que tanto costaron conseguir!

Escolares: levantemos bien alta la frente. Somos argentinos, descendientes de noble raza. Palpita en nosotros el ejemplo del alma de Moreno; de la grandeza moral de Belgrano; del insigne libertador San Martín; del genio de Rivadavia; de esas bravas huestes que dejaron un reguero de sangre del Plata al Andes, al alto Perú, al corazón mismo de América, por darnos gloria y libertad. ¡Llor a esos mártires que cubrieron de laureles nuestro nombre argentino!

Pero, ¿queréis saber, por fin, quién ha hecho el mejor Escudo?

Decidme, con la franqueza que os caracteriza: ¿cuál de vosotros se siente argentino como ninguno, dispuesto a dar la vida por la Patria?

Veo que todos, absolutamente todos, levantáis orgullosos las manos, alto, muy

alto. Por ello os confieso, emocionado, que me resulta difícil decirnos quién ha hecho mejor Escudo.

Queridos niños: ante la imagen de la Patria, todos nos unificamos: somos argentinos! Así vuestros trabajos forman la obra de un solo niño.

Ese es el niño que necesita la Patria: un grande niño!

De igual modo, es uno siempre nuestro Escudo.

¿Cómo queréis que os diga, entonces, cual Escudo de los que habéis hecho me gusta más, si todos vosotros siendo por igual dignos argentinos, no sois sino la misma y única persona?

Os reitero, desde luego, que no veo en torno mío sino un solo Escudo: el grandioso Escudo Nacional Argentino!

PAZ

¡Paz, dulce Paz, bálsamo del corazón, bendita Paz! ¿Qué eres, tú, oh Paz, que los hombres no alcanzan a comprenderte?

La pÉrfida envidia emponzoña el coraz3n humano y ciega la reflexi3n serena. El egoismo, reconcentra torpemente y obstruye el paso al bien. La ignorancia nos hace desconocer como hermanos. ¡Si el amor calla, la fuerza impetuosa mata doquier el derecho!

Oh pueblos, que no comprendÉis d3nde estÁ vuestra esperanza, d3nde reina el amor, el sosiego y la benevolencia... allÁ, en el dulce reino de la paz!

Seres que habÉis perdido para siempre la fe en vuestro pr3jimo y estÁis viviendo en perpetua zozobra; ¿creÉis que eso es vivir? EstÁis equivocados. Vuestra mala fe acabarÁ irremisiblemente con vosotros.

La humanidad ha recorrido un camino glorioso en las Ciencias y en las Artes, en el Comercio y en las Industrias, en el civismo y en la beneficencia; mas, la humanidad retrograda con frecuencia a la barbarie primitiva al entregarse a cruentas guerras.

¿PensÁis por ventura, que de la sangre fraticida brota la paz? TodavÍa «el coraz3n tiene razones que la raz3n no alcanza a comprender»!

La paz sellada contra el derecho es siempre la paz de los fuertes y ella persistirá bajo la dura ley del vencedor.

El vencedor será después vencido a su vez y solo soñará en reivindicar sus derechos, encendiendo de nuevo la hoguera de la guerra.

Las naciones confían su paz al respeto que infunden los cañones, cuyas bocas amenazan eternamente con vomitar la muerte.

¡Error! El evangelio de las almas está distante aún!

Siglos vendrán en que el género humano abomine las guerras y se gobierne por el derecho de gentes. La paz sólo se afianza en la fe de los más elevados ideales de concordia y prosperidad!

¿Qué derecho existe para matar a nuestro prójimo a título de imponer la paz?
¿Qué paz es ésa, que va cubriendo de cruces el mundo?

Tras ruidosa y sanguinaria pelea renace la calma. Marte depone sus furias locas y el cielo se serena tornándose un cristal que filtra purísimo el rayo de luz.

Oh, la paz... la más bella poesía de la vida!

Ella viene a nosotros espontáneamente: brota de la naturaleza como la flor silvestre. Es el cielo, es el llano, es el monte, es la selva, es el mar..., todo eso es paz, porque crea en el hombre el ensueño del vivir; la esperanza del más allá.

Paz es aquella confianza santa que tenemos en nosotros mismos cuando nos consagramos al bien y no sospechamos del mal; libres entonces de prejuicios o de excitaciones malsanas. La venerable cabeza del anciano, el confiado corazón de una madre, la inocente niñez despreocupada o la juventud que mueve sus destinos hacia la luz... todo eso es paz!

Paz es esa beatífica quietud de alma que nos viene de la pureza de nuestras intenciones y la concepción fuerte y elevada del fin. El trabajo, la justicia, la caridad, la sabiduría!

La paz es, así, un sentimiento positivo, sobrio y digno. La paz no es negación de la existencia sino un credo de amor inalterable y valeroso.

No busquéis, pues, a otros para que os hagan vuestra paz — en vosotros mismos está la paz — queredla de corazón y la obtendréis.

LOS PADRES DE LA PATRIA

Don Cornelio Saavedra, Presidente de la Primera Junta de Gobierno, patriota virtuoso y ponderado; Don Mariano Moreno, el númen de la Revolución de Mayo; Don Manuel Belgrano, ilustre creador de la Bandera Nacional; Don Juan José Castelli, Don José Paso, grandes tribunos de la Libertad; Don José de San Martín, «El Gran Capitán», emancipador de Chile y del Perú; Don Martín Güemes, el famoso general de los gauchos, que trazó las fronteras de la libertad en el norte del país; Don Vicente Fidel López y Planes, el noble poeta de la canción nacional; Don Guillermo Brown, glorioso almirante Argentino, organizador de nuestra primera escuadra de combate; Don Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, heróico guerrero de la Independencia; Don Narciso Laprida, Presidente de la memorable Asamblea General Constituyente del año

1816, que declaró la Independencia Nacional; Don Bernardino Rivadavia, genial estadista y primer Presidente Argentino; Don Juan Lavalle, libertador y mártir; Don José M. Paz, famoso militar de las guerras de la Independencia, que combatió la tiranía con insigne heroísmo; Don Bartolomé Mitre, primer Presidente Constitucional Argentino, prestigioso historiador y organizador de la unión nacional; Don Justo José de Urquiza, que abatió el poder del tirano Juan Manuel Rosas, en Caseros; Don Domingo Faustino Sarmiento, eminente ciudadano, genio preclaro, que escribió obras inmortales; Don Juan Bautista Alberdi, notable crítico, autor de « Las Bases », obra célebre de derecho constitucional argentino; Don Dalmacio Vélez Sarsfield, reputado jurista, autor de nuestro Código Civil; todos estos hombres ilustres son considerados como los padres de la Patria libre, independiente y constituida que tenemos los argentinos; todos ellos y otros cuyos nombres están inscriptos por igual en el libro de oro de la Historia, merecerán por siempre el verde laurel!

Ningún argentino dejará de inspirarse en el gran ejemplo de sus vidas! Combatieron

por la libertad de su país, con talento, abnegación y arrojo; fueron probos ciudadanos y supieron descender al sepulcro entre las radiaciones de la Gloria.

Nada pidieron para sí; todo lo dieron en holocausto de la Patria.

Poseídos del santo ardor de la Libertad y del Orden, sacrificaron siempre sus intereses personales al interés común, para la prosperidad del país. Su consagración al credo revolucionario de Mayo fué siempre absoluta, desinteresada y eficaz; como exenta de toda mancha.

Hombres libres de la tierra: salud con veneración y amor tan preclaros hijos de la libertad!

Argentinos: !que la gloria de tan ilustres varones no se eclipse jamás! Sostengamos por siempre la obra de la Emancipación Nacional, con todo el ardor de nuestras almas y con heroico desprendimiento, para nosotros, para nuestros hijos y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino.

Y si algún día se eclipsaran en el cie-

lo nuestro los luminosos colores de Mayo, volvamos a las tumbas de nuestros próceres a retemplar el credo y el valor por la libertad. Pero sabed, que ellos solo se sentirían dichosos «do que ven renovando a sus hijos, de la Patria el antiguo esplendor»!!

ACTA DE LA INDEPENDENCIA

«Nos, los Representantes de las Provincias Unidas de Sud América, reunidos en Congreso General Constituyente, invocando al Eterno, que preside el Universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, a las naciones y hombres todos del Globo la justicia que regla nuestros votos: declaramos solemnemente, a la faz de la Tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias romper los violentos vinculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas e investirse del alto carácter de una Nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y Metrópoli. Quedan, en consecuencia,

de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia e impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de ésta su voluntad, bajo el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama.»

GLORIA

La gloria es un sentimiento insigne. Es el sentimiento de la inmortalidad. El individuo muere pero la «humanidad pasa por sobre las alas del tiempo, eternamente joven y eternamente bella».

La gloria es así, la conciencia de la vida eterna.

El padre se ve prolongado indefinidamente en sus hijos; el patriota, en los seres que como él seguirán amando la patria y la querrán siempre próspera y feliz; el sabio, como el artifice, saben que después de muer-

tos, otros se incorporarán el espíritu de sus obras y éstas reflorcerán.

Si la humanidad no poseyera ese sentimiento de perpetuación de la especie, obraría entonces a corto plazo. El egoísmo más calamitoso haría presa de cada conciencia y las personas se limitarían a vivir por sí, con abstracción absoluta de las demás.

¡Qué horrible no sería para el padre el convencerse que su afecto y su sangre, cual vil materia, solo son, al fin, podredumbre y cieno?

Se concibe una madre que no crea en su amor prolongado en la conciencia de sus hijos?

Es posible creer que cuántos progresos realiza cada individuo, mueren con él?

La fosa sólo recibe los despojos mortales, que así son devueltos a la tierra para que se aproveche su materia.

Pero la fosa no recibe el espíritu.

Los hombres ilustres, los benefactores de la humanidad nos acompañan a vivir, pres-tándonos desde lejos el fruto de su sabiduría y de su abnegación. Su ejemplo y sus

obras nos pertenecen; es el legado que hicieron en su altruismo generoso, a toda la humanidad.

Quién no cree en la inmortalidad de esos espíritus?

Acaso todo lo que existe de creado por el hombre en el presente, es solo la obra de los que viven?

La Historia nos dice quienes fueron nuestros precursores en el camino de la civilización y nos ofrece significativamente el ejemplo de sus vidas, para refrescar y estimular nuestra existencia.

Mas, por aparte de la Historia, ningún hombre es tan ignorante para no comprender lo que nos viene de lejos, de esos seres convertidos en polvo, que al bajar al sepulcro nos legaron su espíritu, vale decir sus sentimientos y sus obras.

El sentimiento de gloria vive precisamente del pasado, del ejemplo de las vidas consagradas al culto de la humanidad; pero a condición de creerse, sinceramente, en una existencia que ultrapase a la propia y preste sus dones a nuestros descendientes.

Gloria que se detenga en el egoísmo de los individuos, no es gloria.

Aprovecharse del legado histórico para lucir honores que no sepamos sostener con nuestros hechos, es innoble.

Muchos pueblos quebraron con sus benefactores al infatuarse con el orgullo de las glorias que ellos conquistaron y al pretender vivir exclusivamente a sus expensas.

Y así esos pueblos profanaron el sepulcro de quienes regaron con su sangre la tierra que dió las flores de la libertad.

Si no tenéis sentimientos para comprender la libertad, no apeléis al recuerdo de vuestros mártires. Ellos os mostrarán la herida que mana sangre; os ofrecerán su ejemplo y os hablarán de un amor, que a vosotros, lejos de elevaros, os cubrirá de vergüenza el rostro.

Si sois unos inhábiles y estorbáis al prójimo no llaméis en vuestro honor, a quienes consagraron toda su vida al bien de sus semejantes y os legaron el ejemplo de singularísimas virtudes. Tales virtudes no os servirían de prestado, y vosotros os cubriríais, igualmente, de vergüenza, el rostro.

La gloria está en todas partes, cual la Providencia. La gloria no espera a otros que la anuncien y menos quiere que la proclamen.

La gloria es accesible, por igual, a todos los hombres del mundo, en tanto estos vivan el sentimiento de la inmortalidad.

Gloria a la vida eterna, gloria a los muertos ilustres! ¡Gloria a nuestros mártires! Y que la gloria sea por siempre aureola de redención y fraternidad!

HOGAR

Conocéis de entre todos los sitios de este mundo, un sitio más ameno para el hombre, que el hogar?

Sabéis de otro alguno donde la paz y el amor así reinen como en él?

Dónde brillan con tanta hermosura como en el hogar, los sentimientos más elevados de la criatura humana?

El hogar es el paraíso reservado al hombre; es el cielo de la vida; es la gloria de los bienaventurados sobre la tierra.

El hogar es el lugar donde se enciende

lumbre para el alma y se arrojan de sí las tinieblas del vicio.

El hogar no es únicamente el conjunto de individuos que tienen una condición común, o de gentes que viven en una casa bajo el mando del señor de ella. Nó; el hogar es el evangelio de las almas, que en él se aman con verdad incontestable.

La tierra no brinda al hombre otra flor así tan bella y de dones tan superiores, como el hogar.

No busquéis, pues, en sitio alguno del mundo, amor más íntimo que en vuestro hogar, porque en él nace el primer amor del hombre: el amor de la familia.

Compadeceos de los seres incapaces de formar un hogar. A ellos les faltará siempre la lumbre aquélla, que es luz y calor del alma. Esos seres están enfermos de soledad.

No creáis en la lealtad del que se os hace vuestro amigo, si ése ha hecho abandono de su hogar. Tal sujeto no puede mereceos fe: es un tráfuga. Se pasa la vida huyendo de una parte a otra y es probable que se alce en cuanto pueda con vuestro honor.

El ser que derrumbó su hogar vivirá siempre a expensas del hogar ajeno. No os dejéis engañar por él: sabrá hablaros de la felicidad perdida; os parecerá afectuoso y bien adornado; procurará por todos los medios posibles captarse vuestra simpatía. Mas, reflexionad; su ruina le pertenece y bajo sus escombros yace. No es un ser digno. Todo lo que luce es el oropel de la envidia y solo espera saciarse del mal que padece.

Tampoco frecuentéis el hogar de aquellos a quienes no conozcáis, y os libraréis de la amistad de personas que no son de vuestra absoluta confianza.

El hogar es un sitio de pureza donde se cultiva primorosamente la flor de la castidad.

Nada existe en él que sea reprobable a la conciencia y se tiene siempre presente en sus destinos el fin de la perfectibilidad humana.

Tras los embates de la vida el hombre vuelve al hogar a refrescar sus energías, a conciliar el sueño, a refloreecer su alma al arrimo de sus íntimos amores.

El hogar debe ser, pues, impenetrable a toda acción que pueda perturbar sus disciplinas, la armonía pensativa y afectuosa de su reino. El hogar es sagrado!

El hogar es la familia nuestra y en el mundo, por todas partes, está ella presente siempre. El hombre que no honra su hogar, donde quiera que se encuentre, cerca o lejos, no espere honrarlo únicamente en el recinto augusto de su soledad. Su deshonra pública refluirá sobre la moral de su hogar, sobre el resto de su familia, y todos sus miembros marcharán por el mundo por igual cubiertos de vergüenza.

Nó!, el hogar o la familia, es la base de la sociedad: es siempre ejemplo de virtud en todas partes. La persona moral del hombre de hogar es indivisible. Su credo es intangible; es un credo de paz y amor para sí, para los suyos y para toda la Humanidad!

GRATITUD

(EN MEMORIA DE MI MAESTRA DE PRIMERAS LETRAS)

Treinta y dos años ha, una maestra, la señorita Josefa Sandez, tenía a su cargo un primer grado de analfabetos, a quienes ejercitaba por su cuenta y riesgo, en el difícil arte de «aprender para enseñar».

Alentada ella por los bríos de su juventud, confundíase entre nosotros, bulliciosa y chispeante, en los recreos y en el aula, con naturalidad y lozanía de espíritu, realmente cautivadoras.

¡Oh, qué maestra! Ella fué la que empujó mi vocación al magisterio. Haciame pasar frente al grado para que repitiese a la perfección la lección sobre el «cubo», que luego debía interrogar a mis condiscipulos. Solía decirme: «tú debes saberla bien, para enseñarla mejor y procurar que todos tus camaradas la aprendan debidamente. Enseñarás a tus compañeros, que este cuerpo se llama «cubo», que tiene seis caras, doce aristas y ocho vértices». Estas, sus venerandas palabras, me inquietaban de veras. ¿Acaso creíame un maestro perfecto? Sí, ya lo creo que sí!!

Tenia ganas de decirle que todos, absolutamente todos mis compañeros de aula habrían de saber a las mil maravillas esa lección, hasta los más discolos, un grupo de seis o siete, siempre cabizbajos, ensimismados, inconvertibles.

¡Qué grado aquél de maestros analfabetos, de maestros incipientes, ambiciosos de

gloria, enaltecidos de su hombría de bien; que solo deseaban desempeñar su papel de enseñantes!

«Aprender para enseñar»; para transmitir, para beneficiar. ¡Qué placer, qué gozo, qué contento! El interés nuestro estaba, pues, en captarnos la buena voluntad de la Maestra, que nos adjudicaba a menudo su grande y magnífico título, que tanto nos lisonjaba nuestro amor propio.

«Cuidado con perder las ganas de aprender para enseñar», nos repetía ella, a menudo: «Ved este busto: es el de Sarmiento. El fué maestro de escuela como nosotros». ¡Qué distinción tan prestigiosa ésa: parangonarnos con Sarmiento, en el alba de la vida, en la edad aquélla en que se vive tan candorosamente del elogio!

—Señorita, preguntó, a la sazón, cierto niño: ¿Sarmiento sabía tanto como usted?

—Sí, mi queridito, sí.

Esta revelación nos sorprendió sobremodera.

¿Alguien hay que sepa tanto como nuestra maestra? ¿Sarmiento? Concluimos al fin por creerlo, porque toda vez que ella no lograba hacernos comprender bien una

lección, encomendábase fervorosamente al gran Sarmiento.

El año tocaba ya a término. Yo, aunque amaba sinceramente a mi Maestra, había-me demostrado siempre esquivo a sus caricias y halagos, por mero rubor infantil. Era inquieto ¿y por qué no decirlo? indisciplinado. Me doy cuenta que debí serlo, recordando los tiempos aquéllos, las horas de mi vida escolar, bulliciosa, febril.

No me creía, entonces, malo: hallaba tan natural todo eso, tan propias mis expansiones, como costosamente encuadradas a la disciplina y al orden.

Comprendo bien, a la distancia, cuán docta y venerable fue, especialmente conmigo, la señorita Sandez.

Llegó el examen de fin de curso. Cuántas recomendaciones habíamos hecho ella para ese día de prueba, asaz angustiada: «Habéis de portaros correctamente; leer, contar y dibujar mejor que nunca. Cuando paséis al frente del grado a explicar una

lección, tened valor para darla bien. Si acaso no la recordáis debidamente, sed desde luego muy francos y confesadlo de buenas a primeras.

Sobre la tribuna, adornada de flores, hallábase colocado, en uno de sus ángulos, el busto de Sarmiento. El aspecto del aula, era severo y soberbio a la vez. A presenciar el torneo habían concurrido casi todos los padres de los alumnos. La mesa examinadora, con su clásica aparatosidad y la sugestión del ceremonial, nos tenía tan confusos como excitadísimos.

Tocóme, en suerte, rendir mis pruebas. Sentíme acosado, de súbito, por una exigencia realmente mortificante.

—Quién fué Don Domingo Faustino Sarmiento?, preguntóme una de las maestras examinadoras.

—Cómo, respondí yo; ¿no me preguntan la lección sobre el cubo?

—No faltaba más, amiguito. Qué poco patriota es usted!

Y en cuanto quise decir esta boca es mía, en un santíamén, mandarónme sentar.

¡Qué papel deslucido había hecho! Después, cuán exacerbado estuve, pensando en

mi Maestra, a quien no me atrevía ni a mirarla, siquiera. Y para mis adentros díjeme: «todo por Sarmiento». Su venerando nombre habíalo hermanado a las angustias de la prueba. Desde ese momento me sería fatalmente antipático Sarmiento.

Concluído el acto, la Maestra, haciendo la apología del mismo, me preguntó: ¿Qué has hecho, queridito?

¡Oh, aún era «queridito» para ella!

— Sarmiento tiene la culpa, le respondi...

— Qué chico éste... Tranquilízate. Sarmiento no quiere mal a los niños; él es su amigo, su protector. Ya verás qué bueno ha de ser contigo.

Al día siguiente, momentos antes de la despedida escolar, llamóme a solas, y me dijo: — Tengo que darte una buena noticia. Sarmiento se ha acordado de ti. Toma este anillo de oro. Él te lo obsequia.

Exaltéme de alegría y medio confuso, atiné a contestar: — ¿Sarmiento?... ¿Y no hace tiempo que ha muerto?

— Sí, hijo mío, pero vive aún, y me besó en la frente.

Un año después supe, por dichos, que ella (que había tenido pase a una escuela

vecinal), acababa de cerrar sus ojos para siempre.

Indaguélo todo. Me había seguido recordando con entrañable amor...

Mi aflicción fué grande.

Consoléme al fin, pensando: si Sarmiento vive, ella... noble Maestra, también vivirá.

Algún tiempo más tarde, luciendo, un día, mi anillo de oro liso en un círculo de envidiosos camaradas, que no querían prestar oídos a la historia de su procedencia, tuve la desgracia de perderlo. Lo había llevado conmigo diez años...

¡Qué desgracia fué ésa para mí! Qué recuerdo aquél, tan sagrado!

Imaginaos: fué el obsequio de la mujer por quién aprendí a amar la escuela y a su gran propagandista.

Honorable maestra de mi cartilla! En vuestra memoria veneranda, he exhumado este modesto recuerdo.

FLOR

La flor ha comprendido el misterio de nuestra vida, con su alma que también ríe o que también llora; con su alma que canta al sentimiento; con su alma celeste, de luz y de paz!

Nuestra imaginación, ávida del color y de la gracia, se excita vivamente al contemplarla.

La flor es siempre un signo de bondad para el espíritu humano. Quien abre el alma a sus encantos, demuestra tener elevación y gratitud.

De ahí que el hombre de todos los tiempos haya visto en las flores, reflejada fielmente la poesía de la vida.

La Naturaleza es una flor que brinda inimitables atractivos al hombre. Quien ama a la Naturaleza, no sufrirá jamás el horror de maldecir su vida por misera o innoble.

El hombre optimista reconforta su espíritu en la grandiosidad y hermosura de la naturaleza y halla en el infortunio, lenitivo a sus pesares, dulce y reparador consuelo. Sufre con paciencia y valor sereno en la adversidad y se demuestra en la prosperidad con moderación y mesura.

Es grato y noble a la vez: cual flor, va dejando a su paso por el mundo, el hálito perfumado de su existencia: su idealidad y su amor, verdaderamente arrobadores.

Seres que vivís de amarguras y disgustos; seres que creéis que la existencia es dolorosa e insoportable; volved vuestro sentir a las flores, que son el símbolo de la existencia que pasa inalterablemente bella y fresca.

Niños! sois las flores del hogar! Vuestros padres os miran con encanto excelso y por vosotros ellos reviven la venturosa infancia. Oh, la infancia!; es la flor primorosa del alma: imagen de pureza y de alegría;... de vida eterna!

PAN

El padre que no puede dar a sus hijos el pan de cada día, se sepulta en vida.

Uno de los dolores más grandes que pueda padecer un padre de familia es ése de sentir el quejido de sus criaturas por el mendrugo de pan.

La pobreza es noble y bella a la vez. Como todas las cosas de este mundo tiene sus encantos: un amor muy apretado, fruto del sufrimiento. La fraternidad de los humildes es la más sentida y pura de cuantas se conozcan sobre la tierra!

La pobreza, es también, flor abierta a los ideales más elevados. No hay ensueños más dulces y venturosos que los del pobre y en hogar alguno el amor es tan profundo y sincero a la vez.

Pero la pobreza no es frío, ni es hambre. La pobreza con frío y con hambre, no sólo es miseria, sino tristeza y desolación.

Desgarra el corazón pensar que haya cria-

turas a quienes castiga el frío sus desnudeces y que los priven de la sangre generosa que mana del mendrugo de pan.

La humanidad se estremece doquier, ante el cuadro de esos harapientos, de mirada lánguida y expresión reseca.

Piedad, piedad! por los que sufren el frío sobre sus desnudas carnes y se mascan la lengua para entretenerse el hambre!

¿Pero qué culpa tienen esos seres para padecer semejantes tormentos del cuerpo y del espíritu?

Un niño huérfano de padre y madre, es un desventurado que sufrirá más de una vez en su vida las angustias de la soledad. A pesar de todo, esa desgracia la acepta con resignación, como impuesta por un cruel e irremediable destino.

Un niño, en cambio, que padece de frío y de hambre ¿no es una injusticia que comete la humanidad entera contra él; incapaz en su grandiosidad y en su soberbia de salvarlo de la miseria? Pero esa clase de desheredados bastan para matar el orgullo de la sociedad.

El avaro es un ser egoísta que no conoce las flores que en el espíritu hace brotar la caridad.

No obstante, el avaro, aún tiene algo en favor de sí mismo, sino explota a su prójimo, en procura de acrecentar su tesoro. Por último el avaro es víctima de su miseria y merece por ello nuestra conmiseración.

Pero el que haya formado su fortuna ahorrando al pobre, es, más allá que avaro; es un réprobo: ése está condenado a las penas eternas!

Abrid vuestras almas, practicad la caridad.

Hay algo más dulce en este mundo que ser caritativo? ¿Qué poder es comparable al poder de dar? ¿Qué gloria es tan insigne, como la de amar a nuestro prójimo? ¿Qué dicha es más pura que la de cercarnos de espíritus agradecidos?

La humanidad ha fundado un sinnúmero de asilos para recoger a los que sufren. A esos asilos acuden los necesitados a quienes se presta con altruismo el bien prometido.

Sin embargo, tened presente que el pobre de verdad, padece de cerca el tormento de

la vergüenza, porque vive más próximo que otros a su alma.

Esos pobres no saben llamar a las puertas de su prójimo en demanda de auxilio y se dejan morir de necesidad.

La caridad tiene que descubrirlos, como el astrónomo a la estrella en medio del cenit: su luz iluminaba el cielo; sólo faltaba quién supiese abrir el alma a sus destellos.

Así la caridad: quien la practica ve en cada pobre una flor; va hacia ella... para aspirar su perfume y admirar sus bellezas.

La caridad no es, pues, un arte: es, ante todo, un insito llamado del corazón. Junto a lo que se dá, se vive el amor al prójimo; de lo contrario, la caridad carece de luz propia.

Oh, humanidad! que el pan de cada día, cual el sol que a todos nos alumbra, no falte al necesitado y que sus carnes guarden para sí el noble calor de la vida!

Que nadie niegue a su prójimo el derecho a su sangre. ¿La sangre que se priva a nuestro prójimo por hambre y por frío, acaso va para nosotros? ¿Acaso se nos quita de nuestras venas?

Nó! no se nos pide sangre, sino que ofrezcamos con belleza de alma el pan de cada día al necesitado, que él convertirá, si, en sangre hermana.

Y de la gratitud del angustiado, brotarán las mejores flores para nuestra vida.

EL LIBRO

El libro es la forma más democrática de propagar la conciencia de la humanidad, en lo que vale y puede su experiencia; para las necesidades presentes y como luz del porvenir. Mediante el libro cada individuo puede reconcentrar en sí mismo el espíritu inmortal de los hombres célebres y penetrar en el reino de sus creaciones íntimas.

Con el libro, la muerte y la soledad no existen. Multitud de espíritus nos alientan desde lejos y prolongan nuestra existencia indefinidamente.

De todo lo creado por el hombre, el libro es la mayor maravilla. El sentimiento de gloria está tan desarrollado en el hombre, es tan insigne, que ningún egoísmo lograría

eclipsarlo. Nadie quiere únicamente para sí sus ideas—aspira a perpetuarlas. El espíritu que podríamos llamar del libro es, pues, un espíritu universal que todos lo sienten y que todos lo pretenden legar a las generaciones venideras.

Ese espíritu, es la suprema necesidad de reconocernos como hermanos y objetos de un destino común.

En tal sentido el libro es la virtud de la beneficencia más elevada que se conoce.

Cuántos hombres dignos de memoria jamás escribieron un libro! El ejemplo de sus vidas es, precisamente, el libro abierto que nos legaron.

Todas las cosas creadas por el hombre son así mismo, otros tantos libros que nos hablan elocuentemente del genio inmortal.

Y la Naturaleza es, por encima de todo lo producido por el hombre, el primer libro donde aprendemos a vivir y a elevarnos hacia la Gloria.

Cuanto el genio humano nos muestra en los libros lo debemos saber leer en la Naturaleza. Los libros nada dicen por sí. Su

sabiduría solo es comprensible por la experiencia.

No creais en la sabiduría de los que se pasan la vida leyendo libros si carecen de la percepción clara, íntima, de sus ideas, porque no saben concretarlas en la Naturaleza. Esos son memoriones que desconocen el sentido de la verdad.

No es sabio quien lee de continuo libros y más libros sino quién sepa leerlos, con el ansia de perfeccionarse y de prestarse a obras de bien para la humanidad.

Seres existen que poseen grandes bibliotecas. Si fuerais a juzgar de su sabiduría por el número y el costo de las obras, pasaríais por ridículos. Quizá cuantos de los tantos libros son testigos de la ignorancia de quien los posea!

El hábito de leer por simular aplicación estudiosa, como el hábito de poseer libros para brillar por fuera una inquietud elevada del espíritu; es tontería.

La buena lectura, es la lectura que sigue a la experiencia. Otras veces la experiencia viene en pos de lo que se lee. La lectura de cosas incomprensibles, o absurdas a la razón—es siempre mera lectura de los ca-

racteres impresos. El lector vuelve, cada vez que así procede, a los tiempos de la cartilla y se entretiene en traducir letras por sus sonidos.

Quien lee debe saber con que fin lee, y el fin debe ser siempre bueno: el fin de la perfectibilidad humana.

Muchos libros no son sino papel impreso. En todos los tiempos han existido hombres que creyeron salvarse del olvido porque contaron con un *imprentero*. Mas, la inmortalidad no se la adquiere con el precio que se paga al *imprentero*, sino con la belleza y el poder del alma.

Esos hombres han sembrado la confusión por el Mundo. Esto ha ocurrido siempre, porque existen ignorantes que leen lo que no entienden, o leen lo que les hace daño y no provecho.

¿De qué nos sirve nuestra razón, nuestra conciencia, sino sabemos preferir la verdad, al engaño, el buen libro al mal libro?

Torpe de quien no aprende a pensar!

Las ideas ajenas son deudas que sólo se pagan con el beneficio que ellas mismas puedan producir. Si no se traducen en be-

neficio, son cual las deudas que no se pagan; verdaderos robos.

Quien escribe un libro para daño de la humanidad, es un insano que conspira con arma, la más peligrosa de todas, contra su prójimo.

Quien escribe un libro sin trasuntar su mayor experiencia, su sabiduría; es de entre todos los ignorantes el más abominable. Ése, sólo aspira a dar celebridad a su ignorancia.

Nó; el libro es siempre instrucción «y la instrucción es por sí misma y por los placeres elevados y delicados que proporciona, una fuente inagotable de felicidad y el instrumento más poderoso de moralidad».

BARBARA SUMISION

(LAS LUCES DEL ALFABETO)

CUENTO SOBRE LA TIRANÍA DE ROSAS

Doña Elena es una anciana octogenaria, que conserva, no obstante su avanzada edad, un semblante fresco y sonrosado. Su mira-

da expresiva, su hablar firme, su temperamento dulce y el optimismo con que traspone la vida; reflejan el alma del niño en ella.

Las personas que la tratan se admiran de su energía y espontaneidad de ánimo y cobran a su lado, mayor confianza a la vida.

Doña Elena lee sin necesidad de anteojos y en alta voz; hace visitas y suele salir sin preocuparse del mal tiempo. Su memoria es fiel y se siente alegre y valerosa.

Ella cuenta los hechos que ha presenciado durante su vida, con precisión y belleza moral, en forma realmente interesante.

La venerable anciana se ilumina de rebeldía cada vez que habla de la época de la Tiranía. Entre todos los recuerdos, el más sensible a su espíritu es el de la viejecita Carolina, que le enseñó a leer.

Los padres de Elena eran federales. El nombre y la causa del Restaurador de las leyes resultaba sagrado para todos los que usaban la «santa divisa».

Juan Manuel Rosas, era el símbolo de la federación. Identificado con la Patria,

se le glorificaba en vida. Su poder fué absoluto. Lentamente había ido subyugando la conciencia de su pueblo. Convertido al fin en Dictador, se hizo de facultades omnímodas, creando la «Mazorca», sociedad de bandoleros y asesinos, que la utilizaba como instrumento de venganza contra sus adversarios.

Formaban parte de ella un sinnúmero de espías, elegidos con toda cautela, que sabían valerse, sin escrúpulo, de los más ingeniosos recursos para escudriñar al prójimo en sus ideas íntimas.

Diariamente la «Mazorca» cometía crímenes y fechorías en nombre del Restaurador, sembrando el pavor y el escarnio entre los habitantes de Buenos Aires.

La gente, temerosa y horrorizada, se refugiaba en sus casas al paso de la «Mazorca», que impune y bárbaramente paseaba por las calles de la ciudad — en trofeo — las cabezas degolladas y los cuerpos horriblemente mutilados de sus adversarios.

El Tirano recompensaba con su confianza y un poder discrecional a sus fieles partidarios. Éstos sentían por el Restaurador vivísima sugestión y se consideraban sus

siervos agradecidos. Para tales infelices, la traición a espaldas de la amistad o del parentesco era explicable con tal de complacer a Rosas; de merecer su elogio.

Muchas personas fueron acusadas, pues, por sus propios amigos, parientes y hermanos, ante el Tirano, como enemigos suyos, y conspiradores de su causa. Y dada la fe que a Rosas merecían estos acusadores, sufrieron las condenas más infamantes.

La causa del «Ilustre Restaurador» era, así, causa santa para todos sus adeptos. El retrato de Juan Manuel Rosas colocado en los altares, fué por igual venerado que el de los santos. Y las personas, en su idolatría, debían usar distintivos especiales en el sombrero y en el brazo, decretados oficialmente. Estos distintivos decían: «Viva la Santa Federación», «Federación o Muerte»; «Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios».

También debían usar chaqueta o pañolón colorado, por ser ése el color de la divisa federal.

Había en aquellos entonces una viejecita llamada Carolina. Don Juan Manuel de Ro-

sas, era su dios; llevaba su retrato colgado de un escapulario.

La viejita Carolina era una habilísima espía.

Sus hijos, todos mazorqueros, gozaban de fama entre los secuaces de Rosas, por el valor con que se habían batido por sostener la causa de la Federación.

Carolina se prosternaba ante Rosas sintiendo a su presencia una sugestión beatífica que abriéndole el alma de par en par hacía confesar abiertamente todos los pasos de su vida.

Acudía con alguna frecuencia a la casa del Dictador esforzándose por llevarle algún dato sobre la causa federal.

Entre las pruebas inequívocas de su fidelidad y sumisión, contaba ésta: reveló el credo adversario de su esposo y éste había concluido por ir a la hoguera. Y habría sido capaz esta mujer, de acusar a sus mismos hijos, de sospecharlos de infidelidad, porque antes que a su hogar, debíase a la causa de la Santa Federación.

En esa época, contadas personas sabían leer y escribir. Las pocas escuelas existentes funcionaban con vida precaria.

La instrucción es un aprendizaje de libertad, y es la enemiga más acérrima de los tiranos.

Por eso Rosas reposaba su confianza en la ignorancia de su pueblo.

Elena, contaba por el año 1846, siete años cumplidos. Era una hermosa niña, de cabellos blondos, ojos azules, profundamente espirituales. Brillaba en ella, con sin igual fulgor, una inteligencia singularísima y se hacía adorar por su bondad.

Carolina visitaba la casa de Elenita, y estaba prendada de ella. Habíala pedido a sus padres, para tenérsela como hija adoptiva. Pero sus padres no lo consintieron. Entonces, la anciana rogó vivir junto a la niña, en su propio hogar.

Los deseos de Carolina, fueron satisfechos con gran regocijo de los padres de Elenita y la anciana desde ese momento pasó su vida junto a la niña, entregada por completo a sus gracias y encantos.

Juan Manuel Rosas, sabiendo del amor profundo que profesaba Carolina a Elenita,

solía obsequiar a la anciana con dulces y confituras para ella.

— Carolina, decía Don Juan Manuel Rosas; ¿a quién quiere Vd. más, a su Elenita o a mí? Y ésta, colmada de felicidad, respondióle: Mediante mi Elenita, lo quiero más a usted.

Carolina sabía leer y escribir. Había aprendido durante la época de Rivadavia.

Un día, sin poderse dominar, en su anhelo de instruir personalmente a Elenita, dióle a ésta la primera lección sobre el alfabeto.

Después llenó de pavor el alma de la criatura, recomendándole que no dijese nada a ninguna persona, sobre lo hecho.

Esa noche Carolina no durmió y pidió a Dios perdón y amparo en su tenebroso destino. Había cometido un acto previo a la voluntad de Rosas. En esto consistía el delito. ¿No era noble, empero, enseñar el alfabeto? ¿Contaba de antemano con la mala impresión que este acto suyo produciría en el Dictador?

Carolina, cada día más confiada en el valor moral de su acción, siguió enseñando a

Elenita, pero ocultándosele siempre al Dictador.

«Yo no sé — solía decirse — de donde me viene esta santa resignación y el coraje que hago ante el general Don Juan Manuel Rosas, para no confesarle mi deslealtad!»

Y llegó a creer que la Providencia la amparaba y que Elenita era una criatura elegida para redimir su alma de todo pecado.

Elenita recibía las lecciones, como de costumbre, a puerta cerrada, y con las convenientes amonestaciones espirituales de siempre. Sobre una porción del piso de ladrillo de la pieza, Carolina había espolvoreado cenizas «para matar las hormigas», como le había enseñado a decir a la niña.

Efectivamente, en la pieza, existía un hormiguero.

Elenita al mismo tiempo que aprendía rápidamente a leer, aprendía a fingirse. Carolina habíala adiestrado en eso y ambas estaban ahora más confiadas que nunca en su secreto. La pobre niña creía que de la ocultación de ese secreto dependía su vida.

Un día Juan Manuel Rosas pidióle a Carolina que trajese a su presencia a la niña Elena.

Carolina y Elena antes de presentarse al Restaurador, pasaron largo rato abrazadas, llorando amargamente, y orando con fervor jamás superado.

El General no conocía personalmente a la niña. Así que la vió festejó mucho su hermosura, conversando largo rato con ella. Luego prendióle en el pecho un medallón con su retrato.

Después, dándole un beso le preguntó: — ¿Cuántos años tienes? ¿Saber leer?

Elenita no se turbó por la pregunta, y humildemente, como avergonzada, contestó a Rosas que no sabía leer.

Rosas, que era un hombre muy astuto, preguntó en el acto a Carolina «si la quería verdaderamente a Elenita».

Carolina no se hizo rogar por la respuesta y muy apasionada, presentó al Dictador sus protestas de sincero cariño hacia ella.

Rosas, un tanto grave, agregó: — ¿Porqué, entonces, no enseñó Vd. a leer a ésta espléndida niña, a quien tanto usted dice querer?

Carolina, muy confundida, contestó: Que con la gracia del «Ilustre Restaurador» le enseñaría a leer, en adelante.

— No tiene el mismo mérito, repuso el General, que si lo hubiera hecho ya por la inspiración del propio amor. ¿Acaso de haber sido niño a su edad, no me hubiera Vd. enseñado a leer?...

Rosas comprendió que esta vez Carolina no le había sido sincera, porque el verdadero amor es amigo de la luz.

¿Pero no era culpable el mismo Rosas de esa falta de sinceridad de la vieja Carolina?

¿Por qué la vieja Carolina no se creía ante Dios en tanto no obrara por la voluntad de Rosas?

Además: ¿era que Rosas amaba de verdad la instrucción del pueblo...?

La intención de un tirano como Rosas que sumió en una larga noche de horror al pueblo de la Confederación Argentina, no podía ser otra que mantenerlo ignorante, en plena inconsciencia.

Y si algunas escuelas primarias funcionaron durante la Tiranía, jamás tuvo Rosas intención de crear otras.

Se concibe que el Tirano quisiera con amor

sentido la igualdad entre los hombres? ...tanto al secuaz como al proscrito, su fustigador? ¿Es posible creer que la causa de la Federación se detuviera a las puertas de la Escuela donde se enseña el verbo redentor de la Libertad?

La sumisión al tirano Rosas, como la de la vieja Carolina, es una de las más bárbaras que registra la Historia.

Y fué la sugestión de esa sumisión, la que engendró el poder del Tirano.

Toda tiranía es siempre la obra colectiva de un pueblo y no de un hombre aislado. La conciencia alevosa de un tirano sólo prende en el alma de un pueblo servil. «Los pueblos tienen siempre el gobierno que se merecen».

NO MATAR

¿Quién tiene derecho de quitar la vida a su prójimo?

¿Quién tiene derecho a decirle: basta ya de vivir; yo lo mato!

El que comete un crimen se desnaturaliza. En su regresión, es más sangriento que la fiera.

La fiera mata por instinto, con el fin de alimentarse. El hombre mata siempre contra su ley natural.

El criminal es un ser repugnante a quien uno mira ofendiéndose a sí mismo!

La fe que empeña ante los demás es fe que se filtra a través de su crimen; es fe que ostenta manchones de sangre!

El crimen es, pues, execrable: ninguna conciencia lo justifica, ni aún la conciencia del malvado que lo perpetra.

Nadie cometerá el incalificable abuso de recordar el crimen al reo que cumplió su condena.

Sin embargo, todos sienten al par que un alivio por la libertad de que goza, tras la pena purgada, el temor que siempre inspira el hombre-fiera.

El reo se convertirá en hombre de bien después; se labrará honestamente su porvenir y tendrá derecho al descanso de su conciencia por su formal arrepentimiento. Y no obstante, ningún ser que le conozca su pasado de sangre se confiará en él como

en la persona que siempre fué honorable.

La mujer no querrá por esposo al hombre que esgrimió el puñal contra su prójimo. Creerá ver apariciones de ultratumba que le reprochan su amor con un homicida.

El hijo, sufrirá íntimamente cada vez que tenga que justificar su conducta ante los demás. Le parecerá, entonces, que todos le dicen: «Es hijo de criminal...; desconfiad!»

La madre del homicida tropezaré siempre, en el camino de su amor, con una sepultura. La visión de la cruz, con sus abiertos brazos, acabará por desolar su alma. Y creerá que de lo profundo de la fosa se incorpora un ser que le muestra la herida abierta, manando sangre, y que reclama: Vida! vida!

Sabed, que el amor de madre es tan grande y sublime, que en su corazón caben tanto el hijo propio, como el hijo ajeno.

Ah! la madre!! mujer sublime, primera de todas las personas de este mundo. ¡Veneradla! Y jamás turbéis la paz de su corazón; su sueño de esperanza gloriosa!...

El criminal enluta, pues, con su crimen, el alma de dos madres. Ambas, en el paroxismo del dolor, se buscan para ayudarse

a vivir. Ambas tratan de consolarse. La una, pidiendo perdón para su hijo, perdón angustioso que traspasa el alma; perdón que una vez concedido es gloria de luz!... La otra, ansiando que todas las madres de la tierra se arrimen, por piedad, a la fosa de su hijo, para prodigarle calor... con el ansia de resucitarlo!

No matéis por honor, que el honor se pierde para siempre con la mácula del crimen. La razón no depende del azar de las armas. La justicia no se cotiza al precio de la destreza. El duelo es un crimen, sólo permitido por las reglas de una caballerosidad mal entendida. Y así el espadachín hace depender de su arte, el honor del indefenso o del más torpe.

No matéis por orgullo, que el orgullo está en hacer el bien y en enaltecerse con los sentimientos de la excelencia de la personalidad.

No matéis por venganza, que la venganza es bastarda. Nada desdora tanto la reputación personal, como ella. El hombre vengativo no conoce las leyes generosas del olvi-

do o del perdón, que tanto enaltecen a la criatura humana.

No matéis por obsesión, que la obsesión es locura.

El hombre que no sabe dominar su ira o sus pasiones vehementes, es un desequilibrado; un peligro para la sociedad. Todos rehuyen su compañía y vése condenado a soportarse él mismo, en su desenfreno.

Las guerras también son crímenes permitidos todavía por nuestras leyes escritas. Pero día llegará en que el verdadero amor entre los hombres las haga innecesarias, y puedan éstos entenderse según buenas razones.

FRENO

La envidia, contraria a la dignidad humana, es un vicio aborrecible; ciega la razón y cobija las pasiones más bajas. El envidioso puede ser el ladrón, el incendiario o el victimario del mañana.

También puede llegar en su regresión, a la pérdida del juicio. Entonces hay que re-

cluírlo por insano, si antes no se le hubiera recluido por innoble.

En un principio el envidioso pudo reprimirse, calculando reflexivamente que la virtud, los dones y la fortuna de sus semejantes solo molestan al pobre de espíritu, al infeliz que no sepa emularse en el ejemplo o resignarse santamente con el fruto de su trabajo y con su destino.

Después, la envidia no tarda en arraigarse y prevalecer en el alma.

El envidioso no está aislado. Por desgracia, el delincuente se sirve de él como instrumento para sus crímenes y delitos.

El vicio, corre al vicio, y el envidioso se deja arrastrar al abismo, sediento de la dicha ajena.

Detened la envidia en cuanto empecéis a sentir sus primeros perniciosos efectos. Trocadla en bien, en sentimiento de emulación y de justicia.

Vuestra alma, libre de esa obsesión, hallará, consuelo y tendrá, después, el discernimiento elevado que la incline provechosamente.

El que hurta o roba, es un degenerado.

El ladrón no roba por necesidad, sino por vicio. Imposible es detener las malas tentaciones cuando han encallecido el alma, privándola de su sensibilidad primera, o de su rubor.

No es fácil convencerse de la necesidad de recluir por peligroso a un semejante. Pero la justicia debe encarcelarlo, para defensa de la sociedad y conseguir su regeneración.

El envidioso y el ladrón se dan la mano con el falso, por estar desviado como aquéllos de la línea recta.

El que procede con falsedad, yerro o engaño en lo que escribe o habla ¿qué propósitos persigue?

Pretende sorprender la buena fe de su prójimo, confundir su razón, apropiarse ilícitamente de las cosas; vivir de lo innoble.

En un principio era posible corregirle, mostrándole como la verdad ilumina al alma; enseñándole a ser responsable de su conducta y a premeditar las consecuencias de sus actos.

Sólo la verdad ahuyenta el vicio!

Los que aspiráis a una buena reputación

debéis preguntaros si obráis siempre conforme a la verdad. La mentira o falsedad, inducen a males no sospechados.

El egoísta; el que no ahorra o no es previsor; el jugador; el borracho; el holgazán y el suicida; son seres que rebajan la condición humana, porque carecen de freno para reprimir sus pasiones.

El que no tiene valor para detener la idea tenebrosa que lo obsesiona, es un cobarde: un presunto suicida.

El jugador es un inconsciente que vive de lo incierto, del azar: fatalmente labrará su ruina o cavará prematuramente su fosa.

El jugador y el borracho, carecen de todo sentimiento, cuando se entregan al vicio.

Asimismo, no tienen afecto a la familia. Si el amor a la esposa, al hijo que ésta amamanta, no logran apartarlo de la taberna o del tapete ¿qué otros incentivos más proficuos para su corrección puede ofrecerle la vida?

El hábito del mal obrar pronto se adquiere. El vicioso concluye por acallar la

voz de su conciencia y entregarse libremente a sus pasiones.

En su vida incierta, tiene alternativas de sucesos prósperos y adversos. En la adversidad sufre terriblemente las consecuencias del mal y propone enmendarse. No le creáis, porque el verdadero arrepentimiento sólo se manifiesta ante el olvido de los placeres.

El arrepentimiento es aquel pesar del alma por haber hecho alguna cosa ofensiva.

El arrepentimiento es, pues, el primer freno de la conciencia.

La Historia nos cuenta que muchos seres arrepentidos se dieron a la reclusión para purgar sus faltas.

El arrepentimiento es saludable, cuando no se incurra en él. Quien finge estar arrepentido para merecer el perdón de la gente generosa y reincide, después, solapadamente en sus faltas, es un ser defectuoso en su línea; un perverso.

La ira, o sea la pasión del alma que mueve a indignación o a enojo, es propia del hombre ineducado, que no aprendió a gobernarse serenamente.

El iracundo es un ser peligroso. Bajo el imperio de su cólera, es capaz del crimen. Su felicidad siempre pende de su ira. Es un insensato y un bruto cuando se desata: entonces hay que contenerlo por la fuerza. Queréis mayor desgracia para un hombre?

Otra desgracia, es padecer de ideas con-
trapuestas al orden social. Muchas personas son víctimas de su credulidad y se dejan manejar a discreción, como irresponsables.

El hombre necesita freno, sujeción para moderar sus acciones, y no incurrir en el vicio. El desenfrenado es un demente o un perverso; debe ser recluido!

El freno es necesario. Sin él, nuestra reputación, nuestra paz, nuestro porvenir, están en peligro.

Tener freno es gobernar la voluntad por el mandato inmediato del juicio.

Formémonos un credo moral fuerte. Sepamos evitar el mal; procedamos siempre con un ideal de perfectibilidad. Practiquemos el bien y vivamos con amor. El trabajo noble, la resignación elevada, la tolerancia virtuosa, la previsión y firmeza de carácter, el sentimiento de justicia; todo ello, nos hará dignos y felices en nuestra vida.

RISA

La risa es una manifestación de la criatura humana, la más natural, la más sonora, la más festiva de todas.

Quien ríe, muestra todo lo que es.

La risa cuando es fresca renueva la existencia con el beneficio de sus excitaciones sanas. La risa es emoción y es ideal a la vez, porque quien ríe, también embellece el alma. Risa que no muestra los encantos de la sinceridad y de la alegría, es risa sin efecto: risa hueca.

Los niños ríen siempre. Para ellos el reír es salud. El niño que no ríe, es porque está enfermo. El niño, en verdad, no sabe sino reír o llorar. Cuando llora, como cuando ríe, lo hace sinceramente, noblemente, traduciendo su vida interior.

Los niños ríen, porque su espíritu es un espíritu de luz y de gloria — porque la vida les resulta alegre y placentera. Exentos de preocupaciones, ignorando el mal y sus con-

secuencias, el mundo es para ellos de color de rosa. Ven siempre por delante a la Esperanza, que se muestra hermosa y juvenil.

La risa es, pues, el elixir de la vida. Es una virtud que mueve a tomar la vida por el lado de la gracia, de la satisfacción y del provecho.

Disimular la risa es una necesidad ciertas veces y cuesta sofrenarla, cuando surge espontánea y estrepitosamente de nuestro ánimo. Pero es preferible pasar por indiscreto, que reír con imbecilidad, o sin nobleza de intención.

Cuidémonos de reír por vicio o con falsía.

Quien se ríe de los defectos del prójimo, o de los contratiempos que él pueda sufrir en sus empresas, en sus aspiraciones; es un pobre de espíritu.

El que ríe del perjuicio ajeno, ríe por boca de la envidia; tal risa es ponzoñosa

La risa debe proceder de adentro, del buen humor; de nuestro optimismo; de nuestros deseos de agradar al prójimo.

La risa nos abre el alma hasta mostrar su fondo, su intimidad.

En realidad, nadie puede preciarse de conocer profundamente a su prójimo si no le ha visto reír. El hombre que no ríe, es un enigma.

Reír, reír siempre, sanamente, noblemente, con pureza de alma.

Reír con plena satisfacción, buscar la risa como la flor más exquisita de la vida, que nos devuelve el alma del niño y nos alegra y purifica.

Reír, reír, pero sin ofender a nadie y sin remordimientos de conciencia; limpiamente; con belleza de alma y con idealidad elevada, cual el niño que ríe inocente y santamente; con esa risa que nos muestra toda su vida; flor de paz y esperanza; flor de ensueño y de amor.

EL BUSTO DE MI PADRE

...En el paroxismo del dolor, nadie pensó en sacarle la mascarilla al amado muerto!

.....

En tanto, el primero en acudir a casa, por llamado expreso, fué el cariñoso e íntimo amigo mío don Eugenio, renombrado artista italiano, quien por haber seguido en su tierra cursos preliminares de escultura estaba en condiciones de devolverme en yeso, minutos después, aquella expresión así tan dulce y soñadora de mi padre, muerto sin agonía alguna, inextinguiblemente, en la quietud de sus 70 años.

Don Eugenio no acertó en ésto y dicho sea de paso, a la familia habríale parecido, en tan angustiosas horas, todo un sacrilegio el cubrir con yeso la cabeza yacente que sólo debía recibir besos y caricias en el salmo más excelso de la vida.

Meses más tarde, preocupado como estaba en dar con el artista que supiera interpretar aquella cabeza venerable y austera de mi Padre, confesé mi santo propósito al amigo Don Eugenio, en momentos en que éste daba los últimos toques al cuadro de Mariano Moreno, que hoy se exhibe en la sala de pasos perdidos del Colegio Nacional Buenos Aires.

Hallábase cerca, en una salita contigua, pintando el retrato de la señora de L.....,

el llorado artista español don José Bouchet.

Don Eugenio, iluminándose todo de emoción, llamóle, entonces, diciendo: ¿nos animaremos, todavía, a modelar?

—¿De qué se trata? contestó Bouchet.

—Se trata de hacer el busto de don E..... N.....

Bouchet, sufrió un espasmo de juventud, y posesionándose de la idea, díjome: «Presto, amigo mio; traiga Vd., hoy mismo, el barro...»

Tres días más tarde, el bueno de Bouchet, suspendiendo todos sus trabajos, amasaba la arcilla, en tanto que yo construía un armazón de sostén para el busto.

Desgraciadamente, el noble Bouchet, entraba, al día siguiente, en el eterno sueño, víctima de un derrame arterial.

Lo visité en la capilla ardiente y adoré aquel hombre, aquel artista amigo, que conservaba aún frescas en sus dedos las impresiones blanquecinas de la arcilla que, en un transporte de íntimo cariño, habíalas preferido a los tonos multicolores de su magistral paleta!...

Después... yo que jamás había tocado un terrón de arcilla, ni sospechaba siquiera de los recursos maravillosos de la técnica, hube de terminar, alentado de cerca por don Eugenio, el busto de mi Padre.

Naturalmente, sin pretensión alguna de arte, logré, sin embargo, darle parecido aunque tras pruebas múltiples en las que supe reponerme de los sinsabores y desengaños de todo principiante, que sólo acierta por casualidad.

El ejercicio fué, no obstante, de inapreciable valor para mí. En breve tiempo había logrado aprender aquello de que las manos obedecen cuando existe una creación interior.

Tal busto, a pesar de su grande significación moral y del elogio que recibiera de mis amigos, era sólo un buen principio, un principio de levantada y férvida pasión creadora — digna del más alto coronamiento artístico.

Pero, quién sería el escultor del busto de mi Padre? ¿Cuáles condiciones debería reunir?

Recordando al malogrado Bouchet y al cariñoso don Eugenio, el escultor habría de ser otro amigo que, como ellos, lo modelara con alma bondadosa y pura,... divinizada!

Y en verdad, no se contrae un parentesco espiritual con el artista que así eterniza en la escultura la expresión personal, inconfundible, de un ser querido? Y es posible que ese artista que alcanza una creación interior tan íntima como la nuestra, para devolvérsola superiorizada, no haya de fraternizar, después, perdurablemente con nosotros?

Según esta manera de creer mía, el artista que modelara el busto de mi Padre habría de sentir aquella misma pasión del hijo, que quiere darle inmortalidad; aquella luz pura que sólo en lo interno brilla; aquel ardor que anima a despedir lo creado en nosotros; aquella idealidad suprema, que es conjunción de todas nuestras fuerzas en la apoteosis del cariño ancestral.

Una tarde de primavera, en tanto reflexionaba sobre la filosofía de la vida, me fué presentado el escultor español don Bartolomé P...

El relato que luego hiciérame don Bartolomé P... de su patria, la bella y serenísima ciudad de Palma de Mallorca, capital del archipiélago de las Baleares; de sus adorados padres; de su niñez soñadora y riente; la manera como narra y describe todo aquello que vió recorriendo el mundo; y su rica, varia, policrómica sensibilidad artística; sus bellos idealismos...; por fin su amor entrañable a la infancia... despertó en mí, ferviente simpatía y admiración hacia él.

Después: el elogio cálidamente sentido que hizo de mi inspiración al modelar con mi esfuerzo virgen el busto de mi Padre y la forma inteligente, sabia, con que supo atraerme hasta convertirme en su primer colaborador, para revivir en el nuevo busto aquellos altos valores afectivos del primogénito; así como el cariño, la paciencia y la abnegación, reveladas en el transcurso de su obra — junto al amor profundo con que ese artista ama a su prójimo y quisiera verlo redimido de sus males en una humanidad nueva,

ideal, sin cadenas y glorificada en la virtud; todas esas bellisimas condiciones morales y de arte superior, le franquearon de par en par las puertas de mi alma, para conceptualle como otro hermano que me dió la Naturaleza.

Y se comprenderá que me resulte gratísimo asociar a la memoria venerada de mi Padre el parentesco espiritual que así contraí con el artista don Bartolomé P...

De otra manera, no habría tolerado que quienquier, artista huérfano de mi cariño y de la piadosa veneración filial, profanase con sus criticas el busto que yo hiciera, amasado con sentimientos puros, inconfundibles e inaccesibles en su expresión de grandeza y majestad—y que luego, no supiera ser mi amigo, un adorable amigo mío.

Padre... mío! Tu espíritu omnipotente se agita ahora en la creación marmórea con la misma nobleza y sublimidad con que tú vives en mí.

¡Oh humanidad que aspiras a revivir la efigie de tus benefactores!—procura inspirarte en su ejemplo y amasar después con su espíritu la arcilla inmortal.

HUMANIDAD

Grandiosa humanidad!, tú erés buena.

El espíritu de la perfectibilidad está contigo.

El trabajo es tu ley; el progreso tu fin. Aspiras siempre al amor entre los hombres y así hallas la gloria.

La libertad del individuo te es sagrada y sabes concederle privilegios por sus obras y merecimientos.

Por tí la Historia existe, y la soledad y la ignorancia se abaten.

Humanidad gloriosa! Dominas el espacio con tu genio y tu poder: tus conquistas son estupendas.

Por bueno que el individuo sea, tú siempre lo aventajas: el poder de dar—supremo poder—viene de tí!

El individuo encuentra al nacer una madre y un padre; y toda suerte de protecciones.

La Humanidad es, entonces, primera en

la bondad, así como Dios es primero que la Humanidad.

La tierra toda es accesible al hombre por mérito de aquélla; su credo de luz y las maravillosas obras de su esfuerzo, le muestran doquier la majestad de su poderío, como la idealidad de su beneficencia.

Grandiosa humanidad —tú eres buena— creo en tu altruismo y en tu sabiduría!

Y con fervoroso sentimiento inclino mi espíritu a tus nobles designios.

FE

La fe es milagrosa: ella excede a las fuerzas y facultades del hombre.

Obras de fe son todos los descubrimientos, los inventos, las conquistas de nuestra civilización.

La Humanidad existe por gracia de la fe que los hombres tienen en la elevación de sí mismos. Si desapareciera esa fe, nuestra especie se reduciría a la nada.

La religión, y todas las altas aspiraciones del hombre responden a un principio de fe;

o sea, a la creencia íntima que éste se ha formado sobre su destino.

El hombre obra resueltamente, siempre, en el sentido de su fe: la conciencia aprueba entonces, y la voluntad obedece!

La fe es, de consiguiente, una conformidad la más absoluta, la más pura, la más grandiosa, entre la razón y el sentimiento; y de ahí su poder, que pone en acción cuanto tiene de real, permanente y firme la existencia.

El acuerdo íntimo entre la razón y el sentimiento, eleva al hombre a las más altas concepciones.

Por eso la fe es eminentemente moral; es esencialmente creadora y aún sobrenatural si se la juzga por sus maravillosas obras realizadas.

Durante el acto de fe, el hombre es una unidad perfecta, indivisible, propia e incontaminada.

En el acto de fe, se realiza, pues, la conjunción de todos los valores de nuestra personalidad, sobre esa línea de luz que es nuestro credo.

La fe va más allá del amor, de la vocación y de la verdad, para colocarse en las

regiones del idealismo, en tanto que el amor, la vocación y la verdad, marchan siempre en pos de existencias reales o concretables.

Fe!; fuerte fe; fe irreductible y creadora, es lo que necesita el hombre.

Sin el credo del más allá, la existencia finalizaría en sí misma; la concepción del Universo no sería posible y el hombre no realizaría en los tiempos, su ascensión eterna.

Alcancemos, en la vida, siempre el concierto de la razón con el sentimiento: la fe! Nuestra personalidad será, indivisible, única.

Y así salvará gloriosamente su destino!

FIN

ÍNDICE

	<u>PÁGINA</u>
« Padre mío »	3
El primer Padre	7
El saludo	10
El buen hijo	12
El alma de la niñez.—(Historieta)	14
Encantos de la vida	17
El pan de cada día	20
La obra del amor y la perseverancia	23
La humildad de origen.—(Historieta)	26
El alma del pasado	30
La patria y el buen patriota	34
Los comienzos	37
El país nativo.—(Historieta)	42
Vergüenza	47
El pobre Martín.—(Cuento)	51
La libertad	61
Marcha patriótica (Canción Nacional Argentina)	62
Creación de la bandera argentina	66
Luz	71
Credo	74
Justicia	77
Frente al evangelio de Mayo (Cuento)	80
«Yo»	92

	<u>PÁGINA</u>
La conciencia	95
La soberanía	96
Constitución de la nación argentina.—(Declaración, derechos y garantías).....	102
Asamblea general constituyente del año 13.—(Dere- chos y garantías).....	112
Marcha patriótica (coro).—Poesía	113
Los poetas argentinos.....	117
Una lección patriótica.....	121
Paz	125
Los padres de la patria	129
Acta de la independencia.....	132
Gloria	133
Hogar	137
Gratitud.—(En memoria de mi maestra de primeras letras) (Cuento).....	140
Flor	147
Pan	149
El libro.....	153
Bárbara sumisión.—(Las luces del alfabeto) (Cuento)	157
No matar	167
Freno.....	171
Risa	177
El busto de mi Padre	179
Humanidad	186
Fe	187



